

RODRIGO DÍAZ CORTEZ

Metales rojos



℄

Editorial Comba

METALES ROJOS

RODRIGO DÍAZ CORTEZ


Editorial Comba

Imagen de la portada:
Ilustración de Rodrigo Díaz Cortez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Rodrigo Díaz Cortez

© Editorial Comba, 2017
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-948031-6-1
Depósito Legal: B-1.486-2017

*Para Libertad,
que me arrojó con amor
a la oscuridad más espesa de la noche*

RÍO ABAJO

El polígono industrial estaba cerca de la obra. Ahí recibían a la gente que arrastraba su carro con chatarra conseguida en las basuras. En el bar de la esquina se reunían también los más afortunados, los que preferían recoger el cartón en sus furgonetas para venderlos en el reciclaje. La pensión tenía un nombre de metal pesado. Quizás por eso albergaba a los chatarreros de la zona. Ambos durmieron una noche en la misma habitación. Tonet lo había visto antes entre los peones, pero nunca le había dirigido la palabra. Qué chileno tan raro, se decía, siempre con las manos en los bolsillos, el bolso de lana cruzado en el pecho y un cuaderno pringoso metido dentro. El chileno siempre andaba manoseando novelas, y leía en la cama hasta muy tarde. Se tumbaba de lado, de cara a la pared, como si estuviera castigado, y no había que molestarle cuando leía porque soltaba un gruñido. Pero esta vez era distinto. Tonet acababa de matar a un hombre en el bar de la barraca.

El muchacho lector oía la historia, con una mano en la nuca y la otra sujetando la novela. Necesitaba decírselo a alguien, afirmó Tonet, aunque apenas te conozca. ¿Y para qué me lo cuentas a mí?, preguntó el joven que leía novelas viejas. Lo subí a su furgoneta, lo tiré al río y ahora he vuelto aquí. Vaya problema en que te has metido. Te estoy diciendo la verdad. Sí, hombre. Además, para qué ibas a marcarte un farol. A quien tienes que explicárselo es a tus padres y luego a la policía. ¿Quieres que me delaten? Nadie sabe que fui yo, indicó Tonet. ¿Pero cómo ocurrió? Me costó arrastrarlo hasta la barandilla. ¿Lo tiraste al agua? Sí, de cabeza al Llobregat y en bañador, con las manos sin atar. Un cuerpo siempre sale a flote. Igual encontró una sardina en lata, se la comió y ahora vendrá por aquí buscando venganza. Déjate de tonterías, y dime cómo fue la pelea. Yo que soy un ignorante con cultura, chileno, ¿qué crees que va a pasar? Pues nada, que ya no pagarás más impuestos y te harán un rinconcito en una celda sobrepoblada. Volver a eso ni loco; pero yo creo que nadie lo encontrará, es posible que al menos su cabeza se fuera al fondo. ¿Pero qué dices? Si el agua del Llobregat apenas te llega a las rodillas. Entonces qué me recomiendas, ¿qué vuelva mañana para ver si lo veo? Por supuesto: mañana lo saludas, te disculpas, lo entierras y le claveteas una cruz en la orilla o un letrero con un epitafio. Vaya tontería, tienes razón, los vehículos que cruzan el puente me verían enseguida. La verdad es que no sé qué hacer. Ya no puedes hacer nada. Oye, a propósito, dicen los currantes en el bar que escribes. Sí, algunas tonterías que cuentan por aquí. Debe de ser difícil escribir un libro. No, si lo copias es fácil. Ah, ¿pero eso se puede hacer? Todos lo hacen. ¿Y por qué escribes? Supongo que para soportar o darle sentido a todo.

Tonet se quedó pensativo. En sus ojos aún se le podía adivinar la borrachera. Y si lo encuentran, qué más me da. Si hubiera matado al capataz, ese que explota de furia por cualquier

tontería, me sentiría mejor; pero tuvo que ser el chiflado del Frankenstein. ¿No me digas que mataste al Frankenstein? No me digas que lo conoces. ¿Es ese que tenía una placa en la nuca, las sienes atornilladas? Claro, ese mismo que nos hacía interferencia en el móvil; cuando te ponías cerca de él incluso se te iba la cobertura. Eso es una burrada. Por algo te decía que su cabeza seguro que se había ido al fondo. Sí, parece que le habían operado el cráneo, por eso estaba chalado. La verdad es que impacientaba a cualquiera, pero yo no sabía que quería con la camarera o si no me habría apartado. Me decía que fuéramos al río a pelear. Hasta que le metí un tortazo sin nata y me sacó una navaja, qué digo navaja, eso parecía el corvo de Rambo. ¿Y tú crees que se paró alguno para separarnos? Que va, se mataban de risa como degenerados. Sobre todo los rumanos. Los africanos, de hurgar todo el día en los contenedores, siguieron comiendo su cuscús. Te lo juro. Me he peleado docenas de veces sin matar a nadie queriendo, pero ese cuchillo me puso las pilas. Yo creo que el Frankenstein quería meterse al río contigo y no pillaste la indirecta. Que va, todos lo odiaban por racista, todos le tenían miedo.

El chileno puso la mano dentro del libro para no perder la página. Si tomaste la decisión de lanzarlo al río es que algo te pesaba. Según la ley, eres un criminal. Claro, claro, eso es lo que quieres que piense, pero fue un accidente. Si el cabrón no me hubiera sacado el corvo de Rambo esto no habría ocurrido, y si me hubiera presentado en comisaría alegando defensa personal, ¿tú crees que me habrían creído? ¿Por qué no? Quizás eso era lo mejor que podías haber hecho.

Tonet pensó en la mala suerte de tener que dejar la obra. Lo que le costó obtener un puesto, y ahora todo se estropeaba por un absurdo corte de cuello. No obstante, era a la única persona que se lo podía decir. Si no lo hablaba su cabeza iba a reventar. ¿Y tú sobre qué escribes? Pensamientos, historias inconclusas, contestó. Al joven le faltaban pocas páginas para terminar la novela y quizás por eso seguía la lectura con intensidad. Si te contara mi vida seguro que te forrarías, advirtió Tonet. Eso me lo dicen todos los peones, pero aún no escribo una historia completa. ¿Y qué es una historia completa? Pues que se pueda entender de principio a fin. Ah, suena interesante. La verdad es que debe de ser bonito poder leerse un libro entero. A mí me aburren. Eso es porque no has encontrado el tuyo. Cada persona tiene uno propio. ¿Y ahora qué me recomiendas que haga? Desaparecer, pero antes *esfúmate* un cigarro y tranquilízate. No quiero ir donde mis padres, éstos me mandarán al calabozo. Son peores que las ratas. El chileno cambió de mano la pesada novela. El negocio de la guerra necesita reclutas, esta tarde lo leí en el periódico y en el campo aún queda tierra por cultivar. ¿Me estás tomando el pelo? En absoluto, sólo pienso lo que haría yo en tu lugar. Ya, pero te repito que fue un accidente. Si no le quitaba el corvo de Rambo, ahora yo tendría el cuello cortado. Para cualquier juez será un asesinato; y si demuestra que conocías al Frankenstein, la sentencia será de asesinato con premeditación. Qué va, si yo no he meditado nada para matarlo. Has visto cómo ya tienes novela.

El joven apoyó el libro abierto en su pecho, vio los cráteres de la cara de Tonet, heredados de un acné voraz, y le aconsejó que se marchara lo antes posible. Me caes bien, chileno. Hablas como si vinieras de los tribunales. ¡Protesto! No más preguntas. Tonet dibujó una sonrisa. Es un *pescado* matar a un chalado que tanto le habrá costado a la sanidad del país, pero Frankenstein ya no estará amenazando por ahí. ¿Pero te buscaba por alguna otra cuestión? No, chileno-abogado. Perseguida a la camarera de la barraca, la misma que yo me trinqué una vez. Y tú crees que eso arreglará tu problema, ¿si la policía descubre esta información de tu trabajo? Para cualquier juez será el mismo río. Ya, pero tenemos este trabajo, y dentro de poco tenemos que levantarnos. Eso ya lo sé, pero este trabajo sólo dura hasta el término de obra. Eso la policía y el juez lo sabrían

enseguida. No sé cómo funcionan las leyes en tu país, chileno, pero aquí verá enseguida que fue una cuestión de defensa personal. Incluso si me toca un juez benevolente, me felicitará por contribuir al bienestar de los bares en los polígonos industriales. Oye, Tonet, ¿estuviste alguna vez en la cárcel? Huy, de eso ya no me acuerdo. ¿Cuántos años estuviste? Muy poco, de eso ya no me acuerdo. ¿Cuánto? Como tres o cuatro, no me acuerdo. No te das cuenta de que todo juega en tu contra. Tonet miró a través de la ventana y pensó en los peones de los cuartos vecinos. Afuera todavía no aparecían los carros de supermercado cargados de chatarra. Afuera del bar, cuando el Frankenstein me sacó el corvo de Rambo, estoy seguro de que algún chatarrero lo vio por la ventana, él lo puede decir. ¿Quién es? ¿Tus amigos del bar, esos que le tenían miedo al Frankenstein? Yo me ahorraría ese disgusto, porque al estar estigmatizados enseguida te apuntarían con el dedo para librarse ellos de culpa. Tienes razón, chileno, aunque me cuesta entenderte. Ésos también trabajan desguazando coches y robando cable para sacarles el cobre, ¿no? Pues no todos; también hay gente decente, como nosotros, que trabaja de peón.

El joven lector respiró profundo. Lárgate de aquí lo antes posible o no podrás contarles a tus padres este cuento. Al menos su cabeza seguro que se va al fondo y ya no perderemos la cobertura de los teléfonos. ¿Y tú piensas que la policía o el juez creerán tu historia de defensa personal? Me has convencido chileno-abogado. Seguro que alguno de mis amigos será el chivato que me encierre. Encima, si estuve en el talego por hurto, eso ya me dejó marcado. Veo que me has entendido, Tonet, no seas duro de mollera y pírate lo antes posible.

Tonet pensó que el muchacho que leía novelas viejas era un tipo raro, pero consideró sus palabras. Quizás no sabía tanto de la vida como él, pero enseguida se puso manos a la obra. Fue al baño y se afeitó. Se acercaban las dos de la madrugada, los ojos le picaban, pero el muchacho lector quería acabar la novela esa noche. Desde la cama oía el silbido melodioso de Tonet, que se apresuraba en guardar la ropa en su mochila de forastero. Gracias, chileno, espero que no me delates. A mí qué me importa lo que tú hagas. Tú también deberías marcharte de aquí, no sé cómo puedes convivir con esa banda de chorizos. El joven cerró el libro y lo dejó en el suelo, al costado de la cama. Tienes los ojos cansados, chileno. Me voy, ya no te molesto más, le dijo cuando cerró la puerta. El joven no sabía qué pensar. Por un momento imaginó que todo era una broma. Sacó su cuaderno pringoso del bolso de lana, buscó un lápiz y se puso a escribir sobre un muerto que flotaba río abajo.

INSECTO METÁLICO

Nuestra casa antigua tenía enormes ventanas que daban a la vereda, y como éramos pobres, no necesitaban rejas de protección. Encaramado, con la mitad del cuerpo fuera, me costaba mantener la boca cerrada, sin contemplar el riesgo de caer. Date prisa, me volvió a repetir Benito, apúrate. Yo había visto centenares de motos en el cementerio mecánico del viejo alemán Blumer, pero nunca imaginé montar sobre una en marcha. Me vestí con torpeza y salí disparado. Mi primo me explicó dónde tenía que poner los pies y las manos y, antes de preguntarle de dónde la había sacado, el insecto metálico comenzó a deslizarse por el camino polvoriento; aceleró en el paseo ribereño del río, sorteó enormes piedras y subimos la cuesta hasta rodear el cerro. Ambos aullábamos de emoción, y de vez en cuando el viento nos daba un latigazo de arena para que no nos envalentonáramos.

El viejo tiene tantas que una más o una menos no se dará cuenta, me aseguró mi primo. Aprovechando que era ayudante de Blumer en el taller mecánico, se había apropiado la motocicleta sin decirle nada a nadie. Me preocupé al principio pensando en lo que diría el abuelo cuando lo supiera, pero mi primo Benito lo tenía todo estudiado. La motocicleta se revolvía de felicidad con nosotros, daba media vuelta con desplante y en mis oídos zumbaban ondas eléctricas. ¿Y qué haremos cuando el viejo alemán nos descubra? Por eso hemos venido al otro lado del cerro, me respondió Benito. Aquí hay una vieja caseta abandonada. Debe de ser de algún pastor de cabras que se quedó sin rebaño. Nosotros la utilizaremos como refugio. Yo miraba a mi primo y luego a la motocicleta, y con la mano me cerraba la mandíbula, pero se me volvía a abrir de fascinación. Enseguida me explicó algunas cosas del insecto, como la holgura entre el cuadro y el suelo y que la nuestra era una Falcon 60, con un motor que camina como una persona cuando yo quiero y responde sin pensárselo al menor tacto del acelerador. Pero yo apenas entendía sus palabras; correr por el desierto montado en una motocicleta era lo mejor que podía haberme ocurrido a los quince años.

Nada más regresar a casa, el viejo Blumer me preguntó por mi primo Benito. Mi abuela le había servido un vaso de malta, que tenía firme en la mano. Han robado una motocicleta y no nos hemos dado cuenta, exclamó. Se me secó la boca, aún tenía la sensación de vértigo en el cuerpo y no sé cómo dije que yo no sabía nada. Balbuceando, supongo. Yo estaba bañándome en el río con mis amigos. Pues no tienes el pelo mojado, comentó mi abuela, tan observadora como siempre. Estaba rompiendo la honradez de cuatro siglos que conservaba nuestra familia, pero el deseo de desplazarme a través del desierto era más fuerte. ¡Me han robado la Falcon 60! El viejo Blumer pensó ir a la comisaría del pueblo para poner una denuncia, pero el abuelo Samu le hizo cambiar de opinión. Has trasladado de Valparaíso a Paitanás más de ochenta motocicletas compradas en el

mercado negro. Lo primero que te pedirán son los documentos falsos de la moto y a lo mejor les interesa más investigar el contrabando. El viejo Blumer miró de un lado a otro, aturdido, y se le infló la cara como si fuera un tomate maduro. Yo les hago un favor comprando esa chatarra que llevan trayendo de Europa desde la segunda guerra. El abuelo Samu asintió con calma. Por eso tú las vendes diez veces más caras de lo que te costaron. Eso es cuestión del negocio, alegó Blumer. Entonces ya no es un favor, dijo el abuelo Samu pasando un dedo por su bigote cano.

Al viejo alemán le entraron las prisas y respondió que sólo quería saber dónde estaba Benito. No sé por qué imaginé a mi primo entre rejas, pero el abuelo le quitó importancia al robo. Ya aparecerá, afirmó tajante.

Las motocicletas eran la pasión del viejo Blumer. Le gustaba elogiar la perfección de los motores alemanes. Sobre todo, de los vehículos fabricados para enfrentarse a medio mundo. Eran imparables y eso no se puede perder. Por eso yo las recupero. Y las vendes, acentuaba el abuelo. ¡Tengo que comer!, insistía el mecánico. Pero entre ellos la discusión nunca pasó a mayores. Digamos que se respetaban. Blumer nunca se había casado pero no se quejaba de su soledad a pesar de los achaques. Tengo una casa llena de chicas. Sentía una pasión ciega por ellas, algunas por ser tan alemanas como él, que a veces costaba imaginarse por qué Blumer se había ido de Europa.

Cuando mi primo llegó al taller, el viejo Blumer le tenía preparado un interrogatorio. Pero Benito tenía pensada la coartada antes del robo de la Falcon 60, razonando algo sobre los amoríos que mantenía a escondidas de los abuelos y que el viejo Blumer había descubierto por casualidad. Yo no entendía cómo eso había bastado para convencer al viejo mecánico. Hemos roto cuatro siglos de honradez de la familia, le reclamé. Y Benito rió para dentro. Los honrados siempre se pierden las cosas buenas. ¿Acaso no te gusta correr con la Falcon? Asentí, pero enseguida hice mi petición. ¿Cuándo vas a dejarme manejarla? Benito hizo como que se lo pensaba. Si no te llegan los pies al suelo. ¿Cómo pretendes frenar? Te quedarías sin dientes, bromeó. Y aunque a mí no me hizo gracia, no pude decir nada porque me sacaba una cabeza y media.

Benito miró hacia el cerro. No entiendo cómo el viejo pudo darse cuenta de lo de la Falcon. Aún si hubiera sido una BMW, que las tiene contadas. Ambos nos quedamos callados. El taller del viejo Blumer era un galpón techado, antigua academia de boxeo, donde llegaron a contarse hasta doscientas motocicletas de diversas marcas y procedencias. Mi primo se encargaba de mantener ordenadas las piezas y repuestos del taller. Cada año se convocaban carreras clandestinas por el desierto, y mi primo soñaba con participar en ellas, pero el viejo Blumer siempre andaba ofreciendo sus motos y sus reparaciones. A veces cierro los ojos y percibo la calidez de aquel tiempo. Subo por Serrano, no sé si una o dos cuadas, giro a la derecha por Aconcagua o por una calle de un nombre que no me acuerdo, y descubro el portón de hojalata, la entrada al taller de motos del viejo alemán, y entiendo que comprar máquinas que venían de Europa era un modo de recuperar su propio pasado. Algún desengaño de su vida alemana le había agriado el carácter. No es difícil imaginar el desastre que provoca la guerra en una persona. Quizás por eso aseguraba que nosotros, los que estábamos creciendo, tendríamos que arreglar el mundo algún día.

Yo me escapaba una o dos veces a la semana hasta el otro lado del cerro, aprovechando que Benito trabajaba. Le quitaba la lona a la Falcon 60 y el tanque lucía un apagado color amarillo. La sacaba del refugio de cabras y sólo me sentaba en ella, imaginando que me desplazaba con una ventolera que me abría la boca. Me atrevía a ponerla en marcha, y aunque alguna vez oí el ladrido del perro, nadie me vio pilotando.

Benito esperaba con impaciencia el domingo para tener el manillar entre sus manos. Él se atrevía a correr y hacer arriesgadas piruetas con la Falcon 60 mientras yo me agarraba fuerte de la culata. Cierra la boca, me pedía Benito, que se te cae la baba. Pero Benito empezó a invitar a las chiquillas al otro lado del cerro. Yo le comentaba que eso nos iba a traer problemas, con tal de tener mi tiempo a solas con la motocicleta. Pero mi primo se creía profesor. Le gustaba dar clases de manejo a las chiquillas para agarrarles las tetas. A veces se escapaba del taller entre semana. Hoy no podrás venir, me advertía, he invitado a la Cufina. Y yo pensaba en el castigo que nos daría el abuelo Samu. Me temblaban a veces los labios, porque en la punta de la lengua tenía siempre la confesión de las citas de mi primo con las chiquillas a bordo de la Falcon 60. Enseguida el abuelo tomaría cartas en el asunto y nos daría un castigo digno de los siglos de honradez de la familia. Eso destaparía el robo de la moto y no volvería a disfrutar de ella.

El domingo que me caí de la Falcon 60, Benito iba a venir más tarde al otro lado del cerro. Quedé tirado cerca de un canal por el que pasaba un hilo de agua, con la moto sobre mi pierna izquierda. Temí que nadie me encontrara, morir allí, y odié aquella motocicleta. Benito dio conmigo cuando ya empezaba a anochecer y yo estaba llorando. Lo primero que hizo fue levantar la Falcon 60, cerciorarse de los daños, de que aún podría enseñarle a montar a la Cufina, y luego se ocupó de mí, que ya rabiaba de dolor. Cuando se dio la vuelta, no pudo alcanzar a la Cufina, que había ido a pedir ayuda al pueblo. Benito activó el motor. ¿Y tú para qué te caíste? ¿Y tú para qué trajiste a ésa? El abuelo no nos perdonará esto nunca. ¿Qué hablas ahora del abuelo? Preocúpate por que no se entere el viejo Blumer. A la Falcon 60 se le habían estropeado varias piezas y, aunque el motor ronroneaba, no podía avanzar.

Llegamos hasta la casa de los abuelos como pudimos, él llevándome a cuestas. A la abuela se le horrorizó la mirada al comprobar la fractura de mi hueso. Benito los convenció de que nos estábamos bañando cerca del vivero, donde los canales culebrean en varios sentidos. Que estaban cortando unos eucaliptos y que un tronco me había caído encima. ¿Cómo un tronco?, preguntó la abuela. No van cayendo troncos de la nada. ¿O es que no pudiste esquivarlo? Pero el abuelo prefirió creer nuestra mentira por los cuatro siglos de honradez de la familia. El cuento de la Cufina, que corrió como reguero de pólvora por el pueblo, el hallazgo de la motocicleta averiada y mi accidente eran pistas inequívocas que llevaron a Blumer a la casa de mis abuelos para ajustar cuentas con Benito y conmigo. Mi primo me acompañaba siempre que podía para evitar que yo confesase en un acceso de remordimientos. Así que nos encontró juntos en mi cuarto. Ya me imaginaba esto, muchachos, nos inquirió con los ojos abiertos. Dicen que es más fácil pillar a un mentiroso que a un cojo. Aquí están, el mentiroso y el cojo, todo de una.

Yo no encontré la voz para suplicarle que se quedara callado, pero mi primo apenas pudo esbozar una disculpa. Ahora mismo iba a explicárselo. El viejo alemán cerró la puerta. Ustedes ya no son niños. Se robaron la motocicleta y ahora la tengo que reparar. Don Blumer, yo había pensado que con unas horas extras, intentó hablar mi primo. Mocosos, tendrías que hacer horas extras toda la vida. Así que yo he pensado que vamos a participar en una carrera en el sector de Marañón. Tú serás el piloto, Benito.

Cuando el viejo Blumer se marchó, traté de convencer a Benito con todos los argumentos que pude. ¿Tú sabes lo peligrosas que son esas carreras? ¡Si son clandestinas! ¿Y los estudios? No te quedará tiempo para estudiar porque el viejo Blumer querrá que entrenes para ganar. No se conformará con una derrota. ¿Y los abuelos? Nada sirvió. Supongo que me corroía una mezcla de

envidia y preocupación. Acudí a la primera carrera en el sector de Marañón con muletas. Blumer había ensalzado tanto las facultades de Benito como piloto, que a todas las carreras en las que participó mi primo aplaudía enardecido cada vez que se proclamaba vencedor. Venían a rivalizar corredores de Chañaral, Copiapó y La Serena. Y aunque muchas no estaban autorizadas, tenían más colorido que las actividades municipales. No había corona de laureles ni trofeo de hojalata, pero yo hubiera hecho lo imposible para estar en su lugar. Yo no sabía que estas competiciones atraían más visitantes y compradores al taller del viejo alemán. Y es que daba gloria ver a Benito sobre la motocicleta. Si acaso tropezaba con algún obstáculo, sabía enderezarla, tomaba las curvas como si fuesen líneas rectas, apretaba el turbo cuando escalaba un montículo y su elasticidad era más propia de un trapecista de circo que de un piloto.

Pero un buen día, cuando ya tenía todo lo que yo creía que se podía desear para ser feliz, Benito decidió que quería ir a la capital para estudiar en la universidad. Mi larga recuperación había tocado fin un par de semanas antes, aunque mi pierna había perdido la confianza de caminar. La abuela temió que mi cojera se hiciera crónica. Pero aún así me ofrecí como nuevo piloto de la Falcon 60 o de esas más pequeñas que llamaban *crestonetas*. El viejo Blumer arrastraba depresión desde que Benito había anunciado su marcha. Le había tomado cariño y hasta habló alguna vez en casa de los abuelos de dejarle su taller en herencia, ya que él no tenía hijos. Me cuadré como si estuviera en el ejército. ¿Tú? Pero si ni siquiera consigues caminar bien. Pero me estoy recuperando, arremetí. No sabes conducir una motocicleta como ésa. Practiqué bastante con la Falcon 60 y he visto todas las carreras. También se aprende observando. El viejo tenía las manos negras con la grasa de los motores, así que se rascó la cabeza con el antebrazo. Tu primo tiene talento. Tendré que verte a ti, pero eso se tiene o no se tiene. Y se conformó conmigo porque no encontró nada mejor.

Benito partió a comienzos de marzo. Yo me quedé con su puesto en el taller y sobre la Falcon 60. Las reprimendas de Blumer hacia mi trabajo en ambos lugares eran continuas. Efectivamente, yo no tenía el talento de Benito, ni siquiera para ordenar las tuercas y los tornillos en el taller. La Falcon 60 tampoco volvió a coronarse ganadora de ninguna carrera. El viejo mecánico me gritaba hasta desgañitarse: ¡Adelanta! ¡Ahora gira a fondo! Pero a mí me temblaba el pulso y no aceleraba en ciertos obstáculos. No sé por qué estaba más preocupado de las inexistentes nubes que de la competición. En la carrera de Freirina, importante no sólo por ser el centro minero antiguo, sino por su explanada que se formaba hacia el sur de la cordillera de la costa, me salvé de llegar en último lugar. Aun así, los ojos azules de Blumer me miraban con decepción mientras los aficionados colmaban de besos y abrazos al ganador.

Cuando el abuelo Samu no pudo asistir a las carreras, Blumer intentó de nuevo apartarme de ellas. Me había costado mucho adquirir el ritmo necesario para montar nuestra querida Francis Barnett Falcon 60, por eso quería seguir progresando. Has aprendido muy bien la mecánica, me expuso un día el viejo alemán, pero no te empeñes en volar como tu primo. Ya lo sé, le respondí, pero tenemos una deuda con usted. El viejo dibujó una sonrisa. Déjalo, muchacho. No voy a contarle nada a tu abuelo ya. Él ni siquiera se acuerda de cómo me llamo. Mucho menos recordará el robo de esa moto. Me apretó ligeramente el hombro con su mano, del mismo modo en que su herramienta tanteaba un mecanismo que debía arreglar.

Benito llegó al pueblo antes de ayer, conduciendo un auto cuyo motor rugía igual que el de la Falcon 60 en sus mejores tiempos. Volvió como un triunfador. No le habíamos vuelto a ver desde

que terminó la universidad y había emigró a México. Desde entonces, postales de Cancún, Acapulco o Río de Janeiro por Navidad habían sido el único contacto con él. Llegó con dos niños morenos y una mujer de curvas despampanantes que la abuela, enlutada de los pies a la cabeza, se comió a besos.

El viejo Blumer le había nombrado en su testamento. Igual que a mí, que había heredado el taller mecánico porque el viejo alemán no tenía hijos ni sobrinos a quienes dejárselos. Me fundí en un abrazo con mi primo Benito y le conté que la municipalidad estaba organizando una carrera al otro lado del cerro. Llevo tanto tiempo sin montar, que ya ni me acuerdo de cómo son, me dijo. Yo no podía levantar la vista de su potente auto, de su mujer ni de sus niños. Tampoco de la Falcon 60, que le había tocado a él en el reparto. Cuando llegamos al taller, a Benito le sorprendió lo cambiado que estaba todo y se quedó mucho rato en silencio. La última noche que iba a pasar en Paitaná subimos al cerro para ver el pueblo. Las estrellas estaban más grandes que los focos de las motocicletas y nos quedamos hasta tarde compartiendo una botella de ron. Hablamos de lo poco que en realidad conocimos al viejo mecánico alemán. Nunca habló de su experiencia en la guerra y le inventamos unos hijos. Con la lengua anudada, Benito me dijo que la Falcon 60 sería para mí. Te la regalo. Yo no puedo llevármela y ya no me gustan las motos. Pero el viejo Blumer te la dejó porque tú ganaste casi todas las carreras en que participaste con ella; y yo no gané ninguna, expliqué con una sonrisa. Primo, ¿te acuerdas cómo llamábamos a la Falcon 60 delante de los abuelos para que no se enteraran de lo que decíamos? No, no me acuerdo. ¡Insecto metálico! La Falcón 60 es como un insecto, puede volar, meterse por lugares insospechados, sortear las piedras filudas y no ser cazada nunca. No sé por qué nos pusimos a reír. Yo le insistía para que se quedara hasta el día siguiente y asistiera a la carrera. Ahora tienes que ganar y dedicarles el triunfo a nuestros viejos, me pidió Benito.

Los demás corredores observaban mi mochila. Pero yo me desentendí de la carrera nada más ajustarme la correa en el mentón. La huella del sendero se extendía a lo largo de kilómetros y el desierto atacameño me parecía más silencioso que antes y también más salvaje porque se comía las ruedas de la moto. Montado deprisa en la Falcon 60, veía un cementerio de maquinaria convertida en chatarra. Infinidad de animitas bordeaban el camino. Iba al norte pero nunca llegaba a destino. Nunca me detuve para poner gasolina. Sólo piloteaba nuestro insecto metálico. Hacia el norte.

PAYASO DE TÁRREGA

Mariona corrió a su casa por una callejuela de adoquines húmedos, justo a la hora en que los camiones de la basura recogían los desperdicios de la feria. El payaso Milikus había preparado dos tazas de café, una para él y otra para ella. Le gustaba beber café con un chorrito de leche por las noches, pero eso no justificaba que aquella loca hubiera escapado, cruzando la puerta sin apenas despedirse mientras sus tacones repiqueteaban con la velocidad que confiere el espanto.

Después de contarle lo ocurrido a la foto de su difunta esposa, Milikus se quitó el maquillaje blanco de la cara. Su rostro quedó limpio, ojeroso, pálido como el de un ánima. Afuera, los perros ladraban. La tarde había sido espléndida. A la gente se le iluminaba la cara con el reventar de los fuegos artificiales, con el despilfarro de la cerveza y las representaciones en cada esquina. Todo el mundo serpenteaba, se acomodaba en cada espectáculo que tenía lugar en las plazas de Tárrega.

Mariona había quedado con una compañera en la plaza Sant Antoni, pero sus ojos grises se cansaron de buscar entre la gente la presencia de su amiga y compañera de oficina. Otra vez lo mismo, ésta no viene. Estaba harta de ser su consejera. La historia se había repetido demasiadas veces. Quedaban a una hora y en un lugar, y cuando se acercaba el momento sonaba el móvil de Mariona y había de escuchar con paciencia la disculpa explicativa, el drama de su amiga con la pareja. El diálogo definitivo de la despedida, el reproche, los celos, la reconciliación y las promesas de cambio que duraban lo mismo que un cigarro. Asumiendo el nuevo plantón, Mariona se dejó llevar por la muchedumbre congregada a su alrededor, y prefirió quedarse y ver qué hacía esa pareja de payasos. La actuación de la noche anterior no le había interesado. En lugar de la *performance* anunciada, se había mezclado mucho ruido y cliché. Nada más. Miró la hora por última vez al caer la tarde, y luego, como siempre, se quitó el reloj y también los anillos de plata para que no se le hincharan los dedos.

Todo lo bueno dura poco, pensó Mariona. Los aplausos y voceos del público la habían despertado de su letargo. Milikus asomó la nariz de pelota a través de una fina cortina. Silbaba a su compañero, se tomaba la cabeza con ambas manos porque tenía una duda existencial. Ciruela Arrugada remolcaba un pie, cargaba una enorme Biblia bajo el brazo. Era un personaje mudo, por eso su compañero no atendía su consejo de leerla para salir de la incertidumbre. Milikus lo sentaba en una silla de ruedas como si fuera una marioneta. Pronto sacó un peine, se acicaló con la raya en la mitad, y le pidió a Dios si debía entrar al seminario, a qué orden religiosa. Se movía como un poseso. Entretanto, Ciruela Arrugada imitaba a un burro y a un idiota, y le enseñaba el libro divino. Después de unos fregonazos de colores, a Milikus le cegó la luz. Oía la voz del más allá. Ciruela Arrugada se alborotaba el pelo y gesticulaba riéndose de la posible vocación religiosa de su amigo. Milikus abrió la Biblia por una página cualquiera y la primera frase que

leyó: «no, no lo quiero». Eso lo desconcertó aún más. Dios me está hablando, afirmó con la voz ronca del payaso. Podía haber dado con otro mensaje, como aquel: «ven y sígueme»; o el de Moisés: «todas las mujeres jóvenes que no hayan conocido hombre manténganlas vivas para ustedes»; o «si quieres ser discípulo mío vende todo lo que tienes»; pero no, le había salido: «no, no lo quiero».

Desorientado, Milikus dio cuatro o cinco vueltas al libro santo. Dios me habla, volvía a repetirle al público, mientras Ciruela Arrugada hacía muecas detrás de él. El anciano encendía de golpe las carcajadas del ambiente. Milikus cerraba los ojos y buscaba una frase al azar. Se trataba de un pasaje del Apocalipsis: «ya me has pedido una vez, ¿por qué me tientes de nuevo?»

La segunda parte de los gags trataba sobre los chascarros de la vejez. Mariona intentó ver a Ciruela Arrugada, pero no alcanzó a divisarlo. Milikus se había despedido inclinando el torso, y se había retirado tras la cortinilla invisible. Ella quería acercarse para decirle lo bien que había estado, mirarle la cara de cerca con la excusa de pedirle un autógrafo, comprobar que ya no le daban miedo los payasos. Pero no se atrevió. No quiso parecer una boba, que la vieran como una vieja solterona, la que no había tenido infancia. El colorido de los fuegos artificiales y la alegría callejera habían cambiado el color gris de sus ojos.

Todos se retiraron abrigándose para oponerse al frío de la noche. Ella se quedó un momento frente a la finca de la plaza Sant Antoni, imaginando que Milikus saldría por allí. Aún le parecía oír la voz ronca del payaso; había encontrado algo en ella que la hacía permanecer de pie, calculando la edad de Milikus, seguro que más de cuarenta. Llegó a imaginarlo junto a una mujer abnegada, también trabajadora del circo, y a sus pequeños hijos trapecistas. No seas tonta, se dijo. Respiró hondo y dejó escapar un suspiro, pero enseguida cruzó los brazos y lamentó no haber traído una prenda más gruesa.

Milikus se pasaba otro algodón por la frente para quitarse la pintura. Ciruela Arrugada le acababa de dar la noticia de su retirada. Lamento comunicártelo de este modo, le dijo cuando se marchaba sobre la silla de ruedas, pero ésta ha sido mi última función. Al principio del escueto discurso del anciano, Milikus pensó que era una broma, pero por la seriedad del tono comprobó que hablaba en serio. Ciruela habló de que su teatro había sido una manera de estar vivos en medio del drama de un país que se hundía en el sinsentido. Ahora de un extremo nos hemos pasado al otro. Antes no teníamos escenario, no teníamos butacas ni luces, pero necesitábamos estar aquí para no morirnos de tristeza. Milikus trató de convencerlo para que siguiera al menos hasta que terminara la feria, pero fue en vano. Jamás imaginó que el sueño juvenil de hacer teatro en la calle, invitando a participar a otros grupos o compañías, se fuera a convertir en el multitudinario evento que era hoy en día, uno de los más importantes de Europa. Al menos así lo anunciaban los periódicos. Tendré que buscarme otro compañero, pensó, mientras se abotonaba el chaquetón.

Mariona había enfilado la calle Sant Agustí rumbo a su casa, evitando el griterío de la gente, esos fragmentos de música que venían desde lejos. Pensaba en el trabajo que le esperaba en la oficina, en hablar seriamente con su compañera en cuanto la viera. Gozaba de habilidad para moverse entre los expedientes. Sus dedos hinchados recorrían las divisiones de los archivos con una agilidad pasmosa. La misma velocidad que quería imprimirle entonces a sus pasos. Sacó su móvil para mirar la hora y lo volvió a guardar en la cartera. La cretina ni siquiera me ha enviado un mensaje. ¡Vaya amiga! Sólo me busca cuando le conviene, alegaba cuando vio pasar un radiopatrullas.

Milikus, que andaba unos pasos más atrás, seguía pensando en la repentina jubilación de

Ciruela Arrugada cuando escuchó un grito de mujer. Dedujo que estarían asaltando a alguna, y como ocurría a menudo, la policía brillaba por su ausencia. Un hombre había arrojado a Mariona al asfalto para quitarle lo que fuera estando indefensa, pero ella cubrió su cartera con el peso de su cuerpo. Ambos forcejearon. El vándalo no consiguió quitársela. Milikus se dejó caer con sorpresa. Con la precisión de trapeceista, le dio una patada al asaltante que logró derribarlo. Repitió otro certero puntapié en la cara cuando el otro estaba en el suelo, y el hombre, posible yonqui, latinking, anarco, chaval disfrazado de gótico, hippie, o uno de esos borrachos que deambulaban entre la gente, se escabulló entre las sombras de la noche.

—¿Estás herida? ¿Te hizo algo?

—No, no me ha hecho nada. Sólo ha sido el susto.

—¿Estás segura?

—Sólo quería mi cartera.

—Era un crío, seguro. Con lo rápido que ha salido corriendo...

—Gracias por la ayuda.

—De nada. Suerte que pasaba por aquí. Vivo muy cerca.

—Yo también.

—¿Dónde?

—Aquí, en Segarra i Malla.

—Yo vivo en la calle del pintor Marsà. Qué curioso que nunca nos hayamos encontrado.

—Sí, es curioso.

Mariona revisó su cartera asegurándose de que su móvil estaba en buen estado. Palpó su reloj de pulsera, sus dos anillos de plata y se aseguró de que todo estuviera en orden.

—Esto se pone cada vez peor. El año pasado quemaron un contenedor, lo pusieron al lado del Ayuntamiento y el fuego alcanzó la puerta.

—Sí, es verdad. Parece que se equivocaron de fiesta. Los diablos con capucha, fuego y petardos eran de Cervera, allá estaba el espectáculo del *correfoc*.

Ambos sonrieron. Ella se abrazó a su cartera y él se quitó el chaquetón azul, y en un gesto de galantería, cubrió la espalda de Mariona. Ella trató de rechazarlo, pero finalmente aceptó.

—Mi nombre es Miguel —le dijo—. No nos hemos presentado.

—Es verdad, con tanto jaleo... El mío es Mariona.

Volvieron a reír. Miguel pasaba su mano por la cabeza, cuidando de que no se deshiciera un peinado inexistente. Caminaron un trecho en silencio, pero giraron levemente las cabezas para mirarse con el rabillo del ojo y sonreírse con timidez. Oyeron cómo los camiones de la basura avanzaban y frenaban cada pocos metros, vaciando los contenedores. Mariona quería hacer un comentario sobre los perros con un pañuelo atado al cuello que tenían los hippies, los punkis, los latinkings o los anarcos, pero optó por continuar muda. No quería parecer una amargada que se quejaba por todo. Cerca del hogar, ambos olieron la fragancia de la fruta mezclada con la verdura que había dejado el mercado de los viernes.

Miguel la recorrió con la vista desde el cuello hasta los pies, y ella disfrutaba tanto con el simple encanto de lo inesperado que esbozó una risilla de coneja que a él le agradó. Le sorprendió el parecido que Mariona guardaba con su difunta esposa: los brazos regordetes, las caderas anchas, el cuello corto. Por supuesto, no lo mencionó. La acababa de conocer y no quería meter la pata. Miguel, medio en broma medio en serio, puso su mano en el hombro de ella, como

si quisiera abrazarla. Enseguida le dijo que era agradable pasear juntos. Mariona se ruborizó y le quitó la mano con otra risa; los piropos la incomodaban desde que descubrió a un conocido que se los decía de mentira. Entonces le contó que venía de la plaza de Sant Antoni, por hablar de algo.

—Ayer vi una de esas representaciones modernas y me molestó tanto ruido. La obra mezclaba música tecno, relámpagos, muñecos raros, gárgolas, hadas sobre unos largos zancos, y todo estaba envuelto con un aire satánico. Muy desagradable.

—Y después alegan que los borrachos son incendiarios y satánicos.

—Sí, pero hoy ha sido distinto.

—¿Por qué?

—No sé. Ví a un pobre vejete muy simpático, vestido de payaso, junto a otro que también lo hacía bien. Representaron los inconvenientes que supone la vejez. Al principio me pareció una burla, pero después me di cuenta de que era todo lo contrario. La obra escondía una profunda reflexión sobre el papel que cumplen los ancianos entre nosotros. Tal vez no estés de acuerdo conmigo, incluso te parezca absurdo y simple, pero no sé por qué me gustaron esos payasos.

No era momento de desvelarle a Miguel que había odiado a ese gremio durante años, desde que a sus padres se les ocurrió celebrar sus quince años con una fiesta infantil animada por un payaso poco gracioso, y ella, rodeada de sus amigos adolescentes, tuvo que aguantar las risas y burlas.

—Qué buena noticia —afirmó Miguel mirándola a los ojos.

Quería encontrar en ella un gesto de complicidad. Creyó que lo había reconocido sin la pintura de la cara, pero no era así. Ella mantenía su postura reflexiva, y eso es magnífico, pensaba él.

—Bueno, yo me quedo aquí —dijo ella.

—Yo sé que no son horas, pero si te apetece te invito a un café —la instó Miguel, tras dudar un momento si sería conveniente.

Mariona se quitó el chaquetón azul de paño con la lentitud suficiente para que él la detuviera. Y él, por supuesto, lo hizo y la condujo unos pasos.

—No lo sé.

—Vamos, mañana es domingo. ¿O te espera tu marido en casa?

—No tengo marido.

—Entonces te invito a una poleo menta.

—¿Y a ti? ¿No te espera nadie?

—No. Yo soy viudo. Mi mujer murió en un accidente de tráfico hace años.

—Vaya. Lo siento.

—¿Un café o una menta poleo? No tengo otra cosa.

—Un café.

Sin duda no se ha dado cuenta del comediante que tiene a su lado, pensó Miguel cuando abrió la puerta. Entró a casa con vergüenza al detectar los rincones olvidados por la escoba. El desorden trató de disimularlo estirando la sábana que actuaba como funda del sofá. Se movía rápido ordenando las sillas, el mantel de la mesa, y ella le dijo que no se afligiera tanto; pero se notaba que vivía un hombre solo. Mariona se acomodó en el sofá, y se enfadó consigo misma al darse cuenta de su último comentario. Decidió mantener la boca cerrada. Sacó de su cartera los anillos de plata y los encajó en sus dedos. Miguel tumbó la foto de su difunta esposa antes de que Mariona la viera y fue a la cocina, pero no hizo nada. Luego abrió un armario, sacó una estufa

eléctrica y la conectó a un cable, encendiéndola cerca de la cama. Poco a poco el calor traspasaría la puerta hasta el comedor. Imaginaba esos pechos duros de piel de melocotón en su boca; redondos, frutales, sabrosos a pesar de los cuarenta y tantos que calculaba que podía tener ella. Jamás se atrevería a preguntarle la edad, o al menos no en el primer encuentro.

—Perdona, Mariona... ¿pongo la cafetera o agua para una menta o manzanilla? ¿Qué era lo que querías?

—Me da igual. Bueno, prefiero un café. Si puede ser con un chorrito de leche.

—¡Qué bien! A mí también me gusta con leche.

—Vaya coincidencia.

Miguel creyó entonces que aquélla se estaba convirtiendo en una noche perfecta. El frío que arrastraba de la calle le daría la excusa necesaria para acercarse a ella más de la cuenta. Seguro que se ha puesto esos anillos para parecer más atractiva, pensó. La miraba como se mira a un ángel caído del cielo. Y como ella le había halagado por la función sin saberlo, se le ocurrió la idea de sacar un disfraz del armario de su habitación y abrir la maletita del maquillaje. Mientras tanto, Mariona escuchaba los ladridos y rasguños del perro vecino. A través de la ventana vio a dos borrachos que caminaban por la acera. Uno se apoyaba en el hombro del otro, que cantaba una melodía molesta para los vecinos. No le dio mucha importancia. Estaba más atenta a lo que ocurría con Miguel en la cocina.

Cuando escuchó el grifo del agua que llenaba la cafetera, se relajó. Era la primera vez que aceptaba entrar en la casa de un desconocido. Miguel miraba entre la puerta entornada, sin que ella se diera cuenta. Sacó un traje color verde, con mangas repolludas y cuello en forma de pétalos. Mariona oyó el tintinear de las tazas, el café burbujeaba acercándose al punto de ebullición, y Miguel aprovechó para untar sus dedos en crema y pintar su rostro de color blanco. Ella esperaba el café pensando en la loca amistad que acababa de entablar; nunca le había ocurrido algo semejante. Miraba la altura que tenían las paredes descascaradas, el techo agrietado, y pensó que le hacía falta un arreglo. Entre el ruido que provocaba el choque de las ollas, Miguel, ya vestido y maquillado, sacó una bandeja para poner las dos tazas y se colocó la peluca de plumas amarillas en la cabeza; también los zapatos, parecidos a los de un duende. Dejó caer el café recién hecho en las tazas y un poco de leche desde el tetrabrik. Le explicó que ya estaba listo, y que no encontraba el azúcar, para excusar los últimos toques de su disfraz. Miró el reloj posado sobre la nevera, y sonrió al ver que faltaban cinco minutos para las tres de la madrugada. El payaso de sus sueños sirviendo un café, pensó tragándose un suspiro.

Cruzó el umbral con una contorsión y una mueca burlesca en el rostro. Mariona abrió los ojos con espanto. Al ver la cercana presencia de aquel payaso que sostenía una bandeja en las manos, sufrió un desconcierto tal que se le nubló la mirada. Apenas distinguía los colorines. La angustia de antaño se apoderó de sus movimientos, y no supo qué pensar. Miguel la consideró muy buena actriz; seguro que se lo olía todo, pero fingía para darle más emoción. Y mientras ella lo miraba como si fuese el mayor esperpento que jamás hubiera imaginado, Miguel dejaba la bandeja sobre la mesita, frente al sofá, y pensaba que en un futuro cercano podrían formar una linda pareja; encontraba sublime la postura muda de su gesto. Incluso podríamos actuar juntos. Pero Mariona no era capaz de pensar en nada: recordar la escena cumpleaños de su adolescencia podía producirle taquicardia. Algo había ocurrido allí para que el miedo embargara su cuerpo entero. Milikus silbó dando inicio a la función, y contó un chascarro con la ronca voz de payaso. Pero ella ya estaba a punto de desvanecerse, y no pudo articular palabra alguna. No podía soportar el rostro

blanco con nariz de pelota roja que se acercaba a su oído. Mejor me voy... me voy... me siento mal..., afirmó ella apresando su cartera.

Miguel dejó de hacer morisquetas y se enderezó, mirándola sin entender su repentino rechazo.

—Perdona, Miguel, no sé qué me sucede, me siento mal —replicó ella mientras el tono bufón se le venía a la memoria como imagen precisa de un abuso ya muy lejano—. Quizá nos veamos otro día.

Cuando se dirigía a la puerta buscando la calle y la frialdad de la noche golpeó sus mejillas, se percató de que la atracción de aquella noche por los payasos había sido sólo un espejismo. El trauma seguía ahí, convirtiéndose en fobia. Miguel apresuró el paso hasta salir a la calle. La vio correr sobre la acera desierta, los tacones golpeando de un modo insolente contra el silencio de la madrugada. Mariona no oyó el llamado que dejaba atrás, tampoco el ladrido de los perros. Derramando lágrimas calle arriba, tapó sus orejas con las manos. Luego detuvo la marcha. Trató de abrir la puerta de su casa con la mano temblorosa, y buscó el móvil en el interior de su cartera. Rastreó en la agenda buscando el número de su compañera de oficina.

Cuando la perdió de vista, Miguel entró desabotonando el maldito traje; lamentó que se le hubiera ocurrido la idea de cubrirse con un disfraz. Se quitó los zapatos y los dejó sobre el sillón. No entendía el porqué de aquella huida. Ni que hubiera visto al diablo, se dijo. Por un momento tuvo ganas de lanzar la bandeja contra la pared. Fue a su habitación, encendió un cigarro y levantó la foto de su difunta esposa. Se relajó hablándole. Luego el frío lo acercó a la cama, donde tenía la estufa encendida. Se recostó bocabajo y apoyó su cabeza entre las palmas de las manos. La bandeja quedó frente a su cara. Las tazas humeaban y entre el vapor sonaba el tintineo, como lejano, de las cucharitas revolviendo.

ME DIRIJO AL INFIERNO

¿Escuchas el sonido metálico? Son las puertas de hierro con sus candados. El golpe de sus movimientos es un eco que cala en mis huesos. Nayadett, durante días ni siquiera me han dejado dormir. Por ti he vuelto al presidio. Nuevamente siento la humedad agria de alcantarilla, otra vez me encuentro entre estas cuatro paredes, y tu foto pegada en mi camarote es un consuelo. No entiendo esta necesidad mía de hablar contigo. Dicen que me trasladarán a los patios subterráneos. Quizás sea verdad. He perdido la confianza en todo el mundo. Como tú sabes soy un delincuente pasivo, transformado debido a la droga en un asesino precipitado hacia el abismo. Bueno, te cuento que yo ahora apenas existo.

Disculpa, Nayadett, pero esa mañana aquel vozarrón me despertó medio borrado, pensando en los rumores de tu llegada al barrio. Aunque no me creas, me remonté al día en que dando vueltas en las sábanas, entró mi padrastro, tu padre. ¡Levántate, vago de mierda! Si no fuera por tu madre, dijo, te habría tirado a la calle hace rato. Sólo sabes meterte en problemas. Me subía la sangre a la cabeza sólo con verlo y me hervía por dentro como una olla a presión. Pero tú sabes que la marihuana tranquiliza los nervios. Entonces me quedaba mudo, con la boca seca; me hacía el sordo mirando a través de la ventana cómo pasaba la gente en una y otra dirección, ese ruidoso ir y venir de autos. Y aunque tenía un revoltijo de los mil demonios dentro de la cabeza, tu padre volvía a advertirme: como quieras, zángano de mierda, ya vendrás a pedirme algo. La bronca se acumuló sin querer, pasó el tiempo y ya no podía tolerarlo más. Sentía un odio desmedido. Durante años pensé en cómo matarlo sin dejar huellas, pero mi vieja babeaba por él y el hijoputa complacía sus deseos. Lo que mi madre le pedía, el maldito corría a su camioneta para traérselo. Por eso nunca me atreví.

Yo me tapaba como si hubiera visto a la momia negra, y cuando asomó la cara para asegurarme por enésima vez que yo era una mierda, le pregunté por ti, si acaso era verdad que habías llegado para pasar el fin de semana con nosotros, porque algo había oído. No quiero saber de esa huevona ingrata y malagradecida, dijo. Gracias a mi bolsillo llegó a la universidad y ahora se va a visitar a su madre. No quiero que ponga un pie en esta casa. Pero tú, Nayadett, los pusiste los dos sin que él te lo impidiera. Yo también lo dije cuando era muchacho y supe que vendrían a vivir con nosotros. Mi vieja se había enamorado y nos convertiríamos en una familia. Yo no quería que pusieras un pie en esta casa, pero los pusiste los dos y me encantó.

Situados tú y yo juntos en la fiesta, estirando el carrete, me pareció irreal después de tantos años sin vernos. Quién lo iba a pensar, si divagaba en pleno día como un desvelado y tú aliviaste mi rutina con tu voz tibia. ¿Recuerdas las cosas que hablábamos, como si no te hubieras ido nunca? Y con esa magia me envolvías contándome historias tuyas, cosas que otros sólo se atreven

a pronunciar en la cama, las tonterías que yo quería escuchar, las que te preguntaba. Caminábamos marcando el paso hacia la plaza, te empinabas la botella de cerveza y yo con el estómago vacío me mareaba de inmediato. Eso te causaba más risa. Contigo todo era distinto. Tú sí que me entendías. Mi vieja sólo quería saber de los cahuínes de las teleseries, las mariconadas de la prensa rosa; no sabía nada de lo que ocurría en la realidad. Sólo me reprochaba mi forma de ser, tratándome de huevón inadaptado, dominada por tu viejo.

Pero antes de irme contigo tuve que ducharme con agua fría para evitar que apagara de golpe el calentador, que el gas está caro, zángano de mierda. Deberías venir a la feria para gritar los mariscos, venderlos para ganarte la comida, cargar los cajones que traía en su camioneta. Yo no podía contestar porque tenía la boca seca. Mientras, tú insistías en ir al carrito conmigo. Me pedías que olvidara por una noche mi rehabilitación fugándome de casa, de los horarios, para salir juntos. ¿Y yo dónde estaba? Turbio, resentido y vacío rehuía tu propuesta, te contestaba que la disciplina de firmar mi condicional todos los domingos era lo primero. Pero ahí estaba tu sonrisa, el brillo de tus ojos negros, esa fija mirada que me convencía, esos gestos de tu cara tan idénticos a los de tu viejo padre. No pudo ser de otra manera, necesitaba desahogar mis impulsos, matar al viejo de tu padre, Nayadett, tu cara, matar tu cuerpo entero. Pero ¿qué podía hacer, si tú me convenciste para salir a pasarlo bien? Siempre me convencías. Perdóname aunque sea tarde. Eras tan diferente a mí, con tu ropa ajustada, suavemente envuelta de un aroma floral, recién bañada tu piel blanca, el contraste con tus ojos negros, la frondosa cabeza plagada de aquellos rizos sedosos que florecían desde tu frente hacia todos lados, Nayadett, con esa personalidad de hinchita dirigiendo batuta. Avanzábamos como niños que vuelven en secreto de una escapada, al compás de los mismos pasos.

A nuestras espaldas, desde cierta distancia, el vozarrón me golpeaba duro. Era tu viejo que ya adivinaba nuestros pasos. Esa tarde comenzó a lanzarnos gritos ahogados e intermitentes, y no sé por qué supe que jamás volvería a ver a mi vieja; mucho menos poner un pie en casa. Contigo a mi lado nada importaba. Nada. Desde una cuadra yo lo miraba como un perro apaleado, su voz impactaba como otro eco que aún resuena en mi interior y tú no le dabas importancia, sólo movías las caderas cuando la música se escuchaba desde la calle, bajo esa luna inmensa que iluminó ese sábado de verano.

La casa recién arrendada estaba llena de gente. Cada uno aportaba una botella de ron Silver o lo que fuera. Nos pusimos con una garrafa de vino y tú andabas con una euforia parecida a la que yo experimenté al salir de la cárcel. Dentro del pequeño morral cruzado en tu pecho había farlopa y pitos. Te acompañaba al baño para reírme de tu valentía, mientras preparabas la jeringa. Una vez dispuesto el brazo con el elástico apretado, la aguja como bigote de gato pinchaba piel adentro. En un instante, el fuego adormecedor nos secaba la boca de palabras. Bailábamos con el mareo de un trompo en medio de la pista. Apretados entre tanta locura, la música *heavy* nos atormentaba el cerebro. En un momento reventó la única ampolleta que colgaba de un alambre, y esto causó más baile y excitación en las chiquillas y los cabros que no paraban de saltar.

Inventaba alguna mentira graciosa para captar tu atención, amiga mía; reías y reías porque una lagartija invisible nos recorría la piel bajo la ropa. Luego te daba el puntazo, cambiaba tu carácter. Molesta por el ambiente que apretaba tu cuerpo, preferías ir al baño a respirar unas líneas; yo no daba más, pero igual te acompañaba. La bañera con su ducha y tus *bluyines* apretados, esos cortes en los vaqueros donde asomaba tu piel me hacían retroceder la cinta algo rayada, y volvían a la memoria nuestros trece años. Cuando vivíamos juntos con tu padre y mi

madre y la curiosidad por vernos desnudos nos hacía cosquillas por todos lados. Tú le sacabas las películas a tu viejo, y de tanto ver las pornos terminábamos también en lo mismo, en pelotas revolcándonos en el sofá, en la cama, profanando el lecho de los viejos, en el baño. Nos contorneábamos en las posiciones que aprendíamos de la tele, e íbamos adquiriendo experiencia. Después del cálculo exacto de la hora, nos bañábamos abrazados como buenos hermanastros bajo el agua caliente de la ducha. Regresabas las pelis a su escondite, ordenábamos el revoltijo de casetes y las sábanas arrugadas volvían a su planchado anterior. Todo impecable a la espera de los mayores.

Eran los buenos tiempos, un mundo de ilusión ausente de drogas, donde no cedíamos a la marginalidad de la población. Es que fuimos privilegiados por terminar la escuela, me dijo alguna vez mi vieja. Luego, en la secundaria, me dijiste que fumara contigo, que era moderno. Primero cigarrillos, luego marihuana. Pero a ti todo se te quedaba corto y me diste a probar ese polvo que me hizo sentir tan bien a tu lado. Te marchaste a seguir con tus estudios y yo me quedé cabalgando en este caballo aéreo. Yo iba al baño y volvía a la pista de baile. Suspendeda a la deriva entre las tinieblas de la fiesta, sacudías la cabeza en estado de éxtasis, y luego hablábamos y hablábamos de todo, menos de nuestra infancia.

Las horas corrían lentamente, como el vino, por nuestras venas. Antes de quemarte los dedos, dabas una última chupada al cuete y te daba otro ataque de risa. No parabas de reír debido a las imágenes que se nos presentaban y yo terminaba riendo también, admirando tus voladas. Aunque siempre supe que la carcajada desaparecería esfumada bajo el esplendor de aquella noche, la última noche, porque mi herida todavía no estaba dispuesta a cicatrizar. Sin duda, era demasiado pronto tan sólo para imaginarlo. Nayadett, así fue. Tú eres la única que me puede defender. Cuando te acercabas y alejabas dirigiendo tus miradas irresistibles, pensé decirte que no pasaba nada, comadre, que no pasaba nada porque comparara tu cara y encontrara en ella facciones iguales a las de tu viejo. No se dio el momento oportuno para decírtelo, pero con la debilidad en el tacto, igual hundía la nariz en lo más espeso de tu pelo. Apoyabas tu cabeza en mi pecho, con un vaivén de música lenta y atinábamos felices. No sé por qué motivo me sentí mal, tal vez porque había exceso de porros y trago y humo y ruido. Las parejas se distorsionaban con el baile, cambiando de ritmo y frenéticos todos. Empezaron a saltar dando patadas a los *Rage Against the Machine*, agitando la cabeza con eso de la gorda tetona. Lanzando el vino tinto por todos lados, nadie se salvó de mojarse con el chorro; hasta en las murallas recién estrenadas corría el sangriento licor. Totalmente ebrio, el corazón se me aceleró retumbando al ritmo violento del tema. Enseguida me entró la desesperación y emprendí retirada. Necesitaba aire fresco para respirar, y mientras lo buscaba tropecé con algo, otro borracho, hasta salir a la calle. Sentía un temor mezclado con rabia. Debía apurarme. Acelerando el paso, tuve el presentimiento de un asesinato inesperado y horrible en algún lugar, y por increíble que ahora te parezca, comadre, sin causa aparente ni motivo provocaste en mí tremendos impulsos de maltrato. Adicto a la muerte, aunque ya no sirva de nada reconocerlo, rompí todos los esquemas de nuestras vidas; la droga me descubrió esa noche mi verdadera identidad, la de un asesino. Nada puede anular nuestra herencia.

Hasta ahora no he podido aclarar muy bien lo que ocurrió. Perdona, Nayadett, no quería terminar así contigo. Pero los músculos de las mandíbulas se endurecieron y me costaba respirar. Con ganas de vomitar, metía el índice en mi garganta pero no pasaba nada, no venían las convulsiones. No sé de dónde apareciste y me abrazaste por detrás. Desanudé tus brazos, avancé

veloz por un camino en penumbras. Desde cierta distancia tu voz tibia me llamaba y yo no quería estar contigo. Mis pies eran patines inestables sobre el pavimento. ¡Ándate y déjame solo! Quería gritar, pero la lengua temblaba dentro de mi boca, no me salía palabra alguna, sólo puros balbuceos. Yendo hacia la esquina de avenida Santa Rosa, el miedo avivó mi mente, y escapé por el lugar que de noche es un sitio eriazos y de día una pedregosa cancha de fútbol. No miraba hacia atrás, me bastaba suponer que te habías alejado. Pero no, el brillo negro de tus ojos se interpuso. ¿Qué sucede? ¿Por qué te vas sin decir nada? Mejor ándate y déjame tranquilo, te quería reclamar con la boca seca, sin que tú entendieras nada. No estabas ni ahí en quitarte de encima; al contrario, te gustaba que fuera esquivo. Tus manos recorrían mi espalda y no sentía nada, la tenía anestesiada. Mordías mi oreja izquierda y te insinuabas. Vamos, ven, quiero que me toques. Mírame, ¿por qué no lo hacemos como cuando chicos? ¿Te acuerdas de las pelis? Aunque en ese momento no entendía nada, tu cuerpo logró tranquilizarme. Te apartaba como si fueras una rama de árbol carnívoro. Medio paranoico, seguía tras la imagen de tu padre. Perseguía el desagradable encuentro con él, quería llegar más allá de los límites permitidos.

Seguía por aquel camino ahogado de maleza donde la oscuridad se concentra. Nayadett, imaginaste el espacio apropiado que formó nuestro escondite, te quitaste la blusa como si no te importara nada y me agarraste con una fuerza titánica. Vamos, sí puedes. Acaríciame toda, por favor, tócame, tócame, me pedías desabrochando mis pantalones. Sintiendo un sensible escalofrío, tentado como felino frente a su presa, te levanté por el culo. Parados con resistencia, nuestra unión carnal fue tomando impulso con una exageración que se hacía inagotable y borrosa. Con la suavidad de tu pelo en mi cara, no podía ver nada. Mientras rodábamos por las malezas, se me escapaba la conciencia; tus ojos en blanco relucían como poseída, el espíritu de tu padre. Tu lengua humedecía mi boca seca. Rómpeme, mi vida. Rómpeme, mi cielo, repetías al oído. Bajo una débil luz comencé a distinguir otro rostro. Pero cuando volvía a mirar el brillo negro de tus ojos, me encontraba cara a cara con tu padre. Nayadett, nadie soy, estoy destinado a perderme. Sin que pudiera evitarlo, insensible por algún efecto repentino, las manos recorrieron la blancura de tu garganta, y sin control se endurecieron los nervios de mis dedos hasta quedar rendidos. Trataba de mover el cuerpo, pero vinieron las convulsiones, y sacudiéndome perdí el conocimiento.

No he podido saber quién nos vio, quién hizo la denuncia telefónica. Y para qué tanta explicación si ahora apenas existo. Enfermo de rabia y violencia, me quitaste de encima la opresión producida por tu viejo. Nayadett, el sudor desaparecía, y en tu último estremecimiento, quedamos tirados en un infinito silencio, contemplando el amanecer.

Desperté con la fuerte hediondez a encierro en las narices. El moho maloliente de los vómitos por lo que hice no me deja pensar como corresponde en tu persona. Siento el cuerpo repugnante, pero necesitaba estar con tu imagen y hablar contigo, aunque sólo se trate de una vieja foto pegada al catre. Verte cuando me dijiste estira el brazo y cierra el puño, esto no va a dolerte. Nayadett, a pesar de todo lo que diga el mundo, todavía siento el peso de tu cabeza en mi pecho, aspiro hondamente el recuerdo de tu pelo revuelto, me parece sentirlo cerca, como el que aspira el aroma de una rara flor. Fui acusado con la sentencia en el más alto de los grados; confesé mi culpa con esa tranquilidad que tú me transmitías y me condenaron por violación y homicidio. Nayadett, cuando la ley te deja al margen, tienes que someterte a ello. Nada puede anular nuestra herencia. Ellos necesitan jugar al lobo y a la oveja para vivir con alegría, y embellecer sus malas conciencias. Pero todo esto ha pasado ya, este momento se ha repetido tantas veces como piedras tiene el camino. Sigo al pie de la letra la instrucción de gendarmería. Me llevan maniatado bajo la

espalda. Camino sobre la angosta escalinata de baldosas. Guardo completo silencio. No puedo confiarle esto a nadie. Salvo a ti, obstinada amiga. Nayadett, a ti. Qué feliz te encuentras lejos de este mundo, por allá arriba, en los altos cielos. Te oigo susurrarme que no diga más que soy un asesino. Yo no te discuto lo que no sé; creo que las drogas tomaron el control y ellas fueron la mano ejecutora. Avanzo por el centro del pasaje, mirando las enrejadas ventanas que dan a los profundos patios; sigo otra vez por este camino descarnado. Ni el aislamiento de la vida, ni los pasos importan ya; bajo los escalones pulidos por tantos zapatos, me dirijo al infierno.

MUJER DESNUDA EN LA VENTANA

La vieja lo miraba desde el rincón del comedor, en el sofá, amodorrada por el calor. Retenía la piedra de hachís abriendo delicadamente los dedos. Se puso a rascar, primero, y a machacar después sobre el hueco de la otra mano. Más que mezclarlo con tabaco, lo que le costaba trabajo era cerrar el cigarro, previo lengüetazo. ¡Drome! ¡Droomee! ¡Ven, que te tengo listo el porro!

Dromedario bajaba la persiana para que su madre no viera la desnudez de la vecina de enfrente. Se acercaba con una paleta en la mano y con la otra se enganchaba el cigarro en los labios. Lo iba a encender cuando su madre lo riñó diciéndole que esperara a salir a la calle. Sabes bien que esa fumarola apestosa no la soporta la vecina de abajo. Y nada más cruzar el umbral encontró unas bragas colgando del pomo de la puerta. Las recogió cuidadosamente y las metió en su bolsillo para guardarlas a su vuelta, a la hora de comer, en el cajón de la mesilla. Bajó las escaleras, pero aún oía a su madre gritar: ¿Es que nunca aprenderás a cerrar la puerta sin dar un portazo? A saber en qué movidas andas con ese Rata amigo tuyo. Seguro que querrás que me muera sin que nadie lo note para seguir cobrando mi pensión. Que cada día pueda mover menos las patas no quiere decir que me vayas a ver arrastrada. Pero ¿sabes una cosa? Soy dura de roer. Así que mucho cuidado conmigo, que no sabes bien dónde pones los pies, maldito.

Dromedario se marchaba en silencio, como si viviera solo. Más le preocupaba quién le estaba tomando el pelo con esas braguitas puestas en su camino. Se presentó en la obra y rebozó una pared donde tendría que pegar unas cerámicas. Manejaba con destreza la espátula y la regla de aluminio. Cuando encontró unas bragas en el parabrisas de su furgoneta tuvo la sospecha de que se trataba de la chica del Tercero Segunda, una vecina sudamericana, recién llegada a Barcelona, a la que seguro que le iba la marcha porque le sonreía a todo el mundo. Así lo sentenció al encontrar más bragas atadas en los pasamanos de las escaleras. Algún ritual indígena, pensó. Pero la cerradura de su edificio estaba desahuciada por la edad, así que cualquiera podía entrar y salir a su antojo.

Dos horas después entró en el bar para almorzar, y se encontró al Rata sentado solo, con las venas del cuello hinchadas de indignación. En el ambiente se respiraba ese silencio espeso que viene después de un momento tenso. Drome se sentó frente a su amigo. ¿Qué pasó? ¿Otras vez te peleaste con tu mujer? El Rata parecía concentrado. Sujetándose la cabeza con las manos, le respondió que no quería hablar con nadie. Los albañiles, con los que bromeaba a menudo, estaban sentados en la otra punta de la sala. El Rata los miraba de reojo. Un momento atrás se había liado a puñetazos con otro obrero sobre una mujer que podría ser su esposa. El hombre, mientras comía, explicó en la mesa que se había acostado con una ninfómana que trabajaba en una tienda de lencería, una rubia teñida que conducía un Célica rojo. El Rata Rodríguez analizó la coincidencia

y explotó de furia agarrándolo del cuello. Los demás intervinieron separándolos. El conocido, antes de que se lo llevara otro, se dirigió al Rata diciéndole que no había actuado de mala fe, que lo mismo ni era su mujer. Este incidente Dromedario lo vino a saber al día siguiente. El Rata le explicó que no sabía qué hacer con ella.

—Pues tirla de tu casa —le apuntó Drome.

—Eso es fácil decirlo, pero llevamos muchos años juntos.

Drome no sabía nada de mujeres. Quería explicarle la aparición de las bragas, pero no se atrevía a contárselo. Era una tontería comparada con su crisis matrimonial.

—¿Y en qué trabaja tu mujer?

—Desde que la vi vendiendo ropa íntima supe que esto pasaría. Su naturaleza coqueta es imposible de cambiar.

—¿Qué? ¿Vende bragas?

—¿No te lo había dicho? Trabaja en una tienda de lencería.

—¿Qué putada! Ahora estos albañiles tendrán material para reírse a gusto.

—Gracias por el apoyo, Drome. Si al menos hubieras tenido una novia en tu vida entenderías mi agobio.

—Todas son iguales. Yo tengo una que fuma desnuda en la ventana con todo descaro.

El Rata festejó la ocurrencia de su amigo. El pobre estaba tan solo que alucinaba viendo mujeres desnudas. Después de comer terminaron el cuarto de baño y la cocina que estaban reformando. Al Rata le confirmarían otra obra la semana siguiente. Dromedario llegó a casa con el pelo blanco por el cemento y el polvo. Las huellas de sus bototos habían quedado estampadas sobre las escaleras. Al igual que su madre, tenía una escoliosis que poco a poco se le estaba convirtiendo en joroba. Avanzó por el pasillo. Encontró a su madre sentada en el sofá. Se acercó para tantear su modo de respirar. Ella parecía abrir la boca para hablarle de la providencia, pero de sus labios se escurría una espuma sofocada, un aliento añejo.

Aún estaba sorprendido por haberse enterado de que la mujer del Rata trabajara en una tienda de lencería. Se quitó el mono para meterse en la ducha, cogió la toalla que colgaba en uno de los cables fuera de la ventana, y vio a la rubia que le hacía señas con la mano desde el edificio de enfrente. Dromedario se giró buscando un trozo de jabón y, por un resquicio de la puerta del baño, detuvo la vista en aquella mujer que siempre estaba en la ventana. El contorno de su muslo era perfecto. Se convenció de que ella era la anónima obsequiadora de bragas y no la vecina sudamericana. Desechó enseguida la teoría de que la mujer del Rata tuviera algo que ver con eso. El agua corrió deprisa por su espalda encorvada, y Dromedario tuvo miedo al imaginarla relajada, perdiendo el equilibrio y cayendo a las baldosas del patio mientras tentaba a la suerte junto a aquel precipicio.

Un día la mujer levantó la mano saludándolo, y Dromedario movió los labios en lo que parecía ser una sonrisa de piedra. Luego asomó la cabeza, estiró el cuello mirando a los dos pisos de arriba, también a los vecinos de abajo, y se dio cuenta de que aquella chica sólo podía ser vista por sus ojos. De repente imaginó a su amigo anudando una braga en su puerta. El Rata Rodríguez tenía que ver con las apariciones de bragas en su trayecto diario. No podía ser otro. Podía conseguirlas fácilmente, así que no escatimaba en ir dejándolas por ahí. Se trataría de una broma para que saliera de la rutina soportando a una anciana chiflada. Pero no se atrevió a preguntárselo en la obra; mucho menos en el bar. No quería que explotase de risa en su cara

cuando le contara sobre los hallazgos de cada día. Dromedario se puso de pie y entró al baño para mirarse en el espejo. La piel de su cara era rugosa y áspera como su carácter. Era difícil que esa rubia de piel bronceada se estuviera fijando en él porque sí.

¡Drome! ¡Droomee! Ven, ¡que te tengo listo el porro! La anciana de manos temblorosas había aprendido a mezclar el tabaco con el hachís. La cantidad precisa para que el niño no se encabronara. Drome tenía cuarenta años, pero la anciana lo seguía llamando niño. Se ajustó una alpargata mirándolo con burla. Dromedario recibió el cigarro con los labios, abrió la ventana y fumó intensamente. ¿Es que no me oyes?, preguntó su madre. ¿Es que quieres soltar por esa boca de una vez o pretendes martirizarme teniéndome despierta todo lo que queda de noche? Ya estás cantando, dime lo que te pasa. Ya te dije que el Rata tiene ganas de escarmentar a su mujer y como están las leyes ahora, seguro que lo meten en el calabozo. Ese amigo tuyo es más inútil que tú, niño, por eso no te preocupes. Yo creo que la que pega es ella, así están los tiempos modernos. Sé más de lo que te piensas, maldito, sólo espero que no estés planificando con él la muerte de tu madre. Ya, mamá, déjate de conspiraciones que esto es muy serio.

Dromedario, antes de quemarse los dedos con la última calada al porro, alzó la vista hacia el frente. Por supuesto que la mujer no estaba, tampoco había luz en el salón. La luna estaba radiante. En lo alto observó el desordenado ensamblaje de antenas de televisión, un caótico entramado que recorría el edificio; las grietas bajaban hasta su ventana y daban sensación de derrumbe. Luego recibió una llamada del Rata, y le informó de que su mujer lo había abandonado. Llegué a la hora de comer porque descansaba hoy lunes y ya no estaba. Preparó la maleta cuando salí y se largó por la mañana. Fui a buscarla a la tienda y me dijeron que ya no trabajaba ahí. Estuve revisando los cajones, viendo lo que se había llevado y encontré un papel donde me mandaba a tomar viento. Lo peor no es que se hubiera marchado de esta manera, es que acabo de revisar la cuenta conjunta que teníamos y se ha llevado mis ahorros. No lo puedo entender. Llamé a la policía explicando su desaparición y me dicen que debo esperar cuarenta y ocho horas para hacer la denuncia. Con ese tiempo de ventaja, pasado mañana estará en Costa de Marfil. Mientras escuchaba el desahogo de su amigo, Dromedario vio una amplia mancha de humedad que nacía justo bajo la ventana de ella, y le pareció la mejor excusa para visitarla. El Rata seguía lamentándose. Finalmente quedaron temprano al día siguiente para ir al cuartel más cercano.

Dromedario sacó una braga que tenía en el bolsillo del pantalón y la dejó con las otras que tenía en la mesita de noche. Por un momento pensó en contarlas y luego eso le pareció retorcido. Esa noche fumó más que nunca. En la habitación de al lado podía oír los ronquidos de su madre. La pobre tarada lo fastidiaba hasta cuando dormía. Se preguntó si su madre había visto a la vecina indiscreta. Soñó con la calma aterradora de la mujer desnuda que acomodaba su cadera en el quicio de la ventana, como si éste fuera un sofá de plumas. A Dromedario le habría gustado conocer a la mujer del Rata sólo para verle la cara. Sería mucha la casualidad, pensó, que la mujer del edificio de enfrente sea la mujer del Rata. Una nebulosa de humo oprimía sus ojos. No estaba muy claro en qué lugar estaba, en todo caso había una cama. Él le explicaba que trabajaba pegando ladrillos, abriendo los sacos de papel, revolviendo mortero, y sellando tuberías. Que tendría que picar para saber de dónde venía esa humedad. Pero la rubia sonreía con cada explicación, lo miraba con ojos afiebrados. Su mano de uñas largas se deslizó a lo largo de sus hombros, luego bajó por su pecho y recorrió el borde de su ombligo. Afuera se oía un ruido de pesados zapatos. Pero a ella no le importaba quién andaba por las escaleras, tampoco las rugosidades de un Drome entregado, que la dejaba hacer a pesar de que sus latidos iban en

aumento. Cuando la boca tibia y blanda se pegó resbaladiza a la suya, cuando ya se retorcián bajo las sábanas y algunas gotas de sudor asomaban por la piel, la puerta se sacudió como si alguien quisiera abrirla.

Dromedario, alarmado, le preguntó quién era, a quién esperaba. La mujer le dijo que no tenía importancia y siguió besándolo, mojando sus asperezas con la saliva de su lengua. Pero alguien sin voz zarandeaba el picaporte. El miedo de Drome al saber que estaba haciendo algo malo crecía, pero ella tenía los oídos sordos a los manotazos que venían desde el otro lado de la puerta. Pronto imaginó los ojos desquiciados de su amigo el Rata descubriéndolo todo, dándole un mazazo en el cráneo, martillándole el cuerpo a la mujer hasta deshacerle los huesos. Los golpes en la puerta eran sus latidos que retumbaban adentro del pecho. Igual tuve una taquicardia, se dijo, cuando despertó con una braga en la cabeza y trazó una mueca de piedra que era su sonrisa. Fue al baño, no sin antes mirar a través de la ventana. Las persianas estaban bajadas en el piso de enfrente.

¿Qué miras tanto por la ventana, maldito? ¿No estarás calculando la altura para lanzarme desde el balcón? Ya te dije que tu vieja sabe más de lo que piensas. No sé qué condenada espuela me hurga dentro y me hace desmayar, dijo la anciana que se acaba de sentar en el sofá. Esta mañana llamé a la Pepi al mercado, que lleva años preparándome los pedidos. Sabe muy bien cómo me gusta la fruta y la verdura, pero no estaba. La semana pasada lo mismo. Me contestó su nieta y por la voz temblorosa me figuré que la Pepi había estirado la pata, y no me lo quisieron decir porque vamos quedando pocas. Este sofá se me está haciendo larguísimo. Pero no cierras las persianas niño, abre, abre, que me gusta oír el ruido del viento mezclado con el mar. Desde aquí dentro, claro, maldito. Encerrada y hablando sola. Es como si hubiera quedado enterradita como la Pepi y el mundo siguiera funcionando fuera. Mientras tu roncabas, el muchacho me subió la compra, pero me falta el pan. Te veo reflejado en el espejo, así que no te escondas y tráeme una baguete cuando vayas a salir.

Drome salió dando un portazo. Entró al bar de cada mañana. Venía decidido a hablarle de la mujer desnuda que fumaba en la ventana, pero el Rata aún tenía el pelo empolvado del día anterior y unas ojeras de haber pasado en vela. Anoche hizo unas cuantas llamadas y según pudo averiguar, su mujer estaba en casa de una prima que vivía muy cerca de Dromedario. A primera hora puse la denuncia por desaparición, Drome, les di el número de la matrícula del Céllica rojo. Me dijeron que activarían la alarma para encontrarla. Sólo quiero que vuelva a casa. Esa última frase desconcertó a Drome, porque sabía que su partida era irrevocable. Su amigo también lo sabía, aunque no lo quisiera admitir. El Rata le pidió las llaves de su furgoneta y apuró el carajillo. Tengo que comprar material para mañana, espero que hayan sacado los muebles para empezar a picar las paredes. La cara de Dromedario estaba húmeda, aún envuelta por los perfumes del sueño y el roce de esa lengua femenina. Quizás por eso quería explicarle su pesadilla, acaso advertirle de que no fuera a cometer una locura, pero el Rata no le dio tiempo y se marchó.

Drome pagó su desayuno y el de su amigo, salió en dirección al supermercado. Se compró un desodorante. Estudió la estantería del pan y, cuando iba a coger una baguete, cambió de opinión y compró otra hogaza. Luego subió a su piso y se afeitó con cuidado. Mami, te traje unas rebanadas de pan blando. Ya te dije que sólo me gusta la baguete. Ya, pero esa barra se endurece y ya viste cómo se te cayeron dos muelas, por eso debes cambiar de pan. ¡Tú no me vas a decir qué pan voy a comer! ¡Maldito niño! Si quieres, ponlo en la tostadora para que agarre consistencia, pero no puedes seguir perdiendo los dientes. Eso me da igual, ¡yo quiero mi baguete! Y mientras su madre

se desahogaba con pintorescas maldiciones, Drome pensó en cómo presentarse. Por la tarde se volvió a afeitarse al ver un par de pelos cerca del cuello. Evitó mirarse de perfil. Tenía ganas de saber si esa rubia era teñida o si su pelo era natural, pero sobre todo qué relación tenía con las bragas que él había encontrado. Se ofrecería para arreglar la mancha de humedad y así entablar amistad. Miró si estaba, pero tenía la persiana echada. Eran cerca de las ocho, la hora de la ceremonia y de la desnudez.

¡Drome! ¡Droomee! Ven, ¡que te tengo listo el porro! Ahora no puedo, mami, déjalo en el canasto del ganchillo. Bajó las escaleras, pero aún oía a su madre gritar: ¿Es que nunca aprenderás a cerrar una puerta sin dar un portazo? Esa muchacha te encela con el gesto más inocente, burro, sé más de lo que te piensas. Preocúpate por la vieja que te trajo al mundo, será mejor, la vecina sacrificó a su perro pero tú ni eso. Ella quería a su animal y tú, niño, al menos me podrías sacar a pasear los domingos. Qué le puede costar eso al maldito, pero sólo sabe coleccionar latas vacías bajo la cama. Ni qué decir de los calzoncillos que recojo cada día. Así cómo va a conseguir una novia, si las mujeres de hoy en día no pasan una. Apenas me funcionan las patas, ni qué decir de la vista cansada. Me prometió cambiarme las gafas y todavía estoy esperando para que me acompañe al oculista. No veo bien la hora que marca el tictac de la pared, igual se le cayó la aguja al puñetero reloj. Oye, ¡Droomee! ¡Cómprame una baguete!

En la calle, Dromedario pensó si sería capaz de dirigirle la palabra una vez la tuviera delante; y envuelto en un halo de timidez, una braga roja en el suelo lo animó. Cuando dio la vuelta a la manzana se percató de que la policía rodeaba el portal. No permitían la entrada a nadie. En ese momento, vio las bragas dentro de la bolsa de plástico que sujetaba un uniformado y comprendió que la broma era colectiva. Localizó otra de color lila atada a una papelera, otra un poco más allá, aunque esta vez era un tanga amarillo que colgaba de una bicicleta encadenada a un árbol. Apenas reparaba en una, la recogía para guardársela en el bolsillo. Los vecinos, alarmados, corrían para saber quién era la difunta. La policía había encontrado bragas amarradas en los pasamanos de la escalera. Alguien había dado aviso del suceso. Encontraron a una mujer, desnuda, de piel bronceada, asesinada supuestamente por su pareja. Esto fue lo que escuchó Dromedario, tembloroso. Un hombre la había asfixiado utilizando un tanga de nylon. Hurgó con los dedos entre las bragas de su bolsillo, sacó el móvil para llamar con desesperación al Rata Rodríguez, pero no lo pudo contactar. Oyó la suave voz grabada que decía que en ese momento el cliente estaba fuera de cobertura. Estaba un poco aturdido cuando vio las luces de la ambulancia que barrían las fachadas. Entre los vecinos que se acercaban para mirar hacia lo alto del edificio, encontró a la chica sudamericana del Tercero Segunda. Palpó su pelo engominado, se acercó para saludarla y pensó que la noche aún no comenzaba.

RETRATO DE ANIMAL

El salón está mudo, como alelado, pero ese silencio es una afirmación de autoridad que Valdoncella hace cuando mira mis ojos. Me tantea la cabeza con su mano, huele mi boca para asegurarse de que respiro bien y se marcha deprisa. Cuento sus pasos que suben con sigilo las escaleras; seguro que busca los restos de comida que trajo ayer, cuando no tenía frío, tampoco calor. Mantengo el cuerpo acurrucado y sumergido en el sofá. Me encuentro tan a gusto como si nunca hubiera salido de la casa de la vieja, la vieja que me crió en su regazo. Oigo el suave desplazamiento de Valdoncella siempre tan cautelosa para que yo no la vea, mientras trato de quedarme otra vez dormido. Afuera, en el cielo, las nubes empiezan a roncar.

Cuando ya estoy espabilado, Valdoncella me acerca un cuenco muy distinto al recipiente de cerámica que tuve alguna vez, y contiene agua un tanto viscosa. Lo cierto es que yo tengo la boca seca y no alegué los remilgos que habría puesto en otra circunstancia. La sed me obliga a lanzarme de cabeza a ese líquido, que no escupo a los segundos porque soy educado. Valdoncella me mira atentamente; seguro que aprecia mi aspecto elegante y cree que desecharé su agua, si así puede llamársele. Vuelvo a acomodarme, con la intención de pegar ojo. En realidad, no sé qué es lo que tengo que hacer. Sólo tengo claro que ella está esperando respuestas.

Yo de mayor quiero ser actor, por eso practico cuando puedo. Algún día tendré que ver la cara a los hombres, pero aprovecho estos días de lluvia y muevo los labios y la nariz. Uno las cejas y enseguida las desuno. Así ejercito una pantomima nueva con la cara. El problema es que el espejo está roto y sólo me veo en fragmentos. En cada trozo observo un ángulo distinto y ya no sé diferenciar el ángulo verdadero del falso, así que no sé si mi gesto está conseguido. Pero, como dijo la mujer rubia de la tele, padezco un patológico instinto de imitación. Una corriente mínima de aire se cuele por la pared. La lluvia abrió una grieta en la muralla de la cocina y otra en mi cabeza. Por eso la locura me produce caspa y no me dejo de rascar. Yo nunca había tenido caspa y siento que necesito un baño; uno de esos que me daban antes, tras los que quedaba tan bien perfumado. Pero cuando le pregunté a Valdoncella por sus hábitos de higiene, ella se lamió la mano. Hazlo así, me dijo y a mí me dieron escalofríos.

Tengo por ahí arrumbada cierta fotografía amarillenta y borrosa que nos tomó un hombre que vino un día a casa, y aparte de la ridícula vestimenta que me enfundó la vieja, la vieja que me crió en su regazo, sólo tienen realidad para mí los desbocados latidos del corazón, el tic-tac monótono del viejo reloj de la sala y el tintineo que hacían las gotas de agua al caer en el pozo sonoro de la tinaja de la galería. Cuando permanecía sobre la falda de la vieja, sintiendo los huesos destartalados de sus piernas, el fotógrafo nos disparaba luces de fuego para el retrato; entretanto la vieja me sobaba el cogote. Caramba, le comentaba al fotógrafo, no le dejaré ni una moneda al

maldito gobierno. Después de todo lo que me ha robado con los impuestos y contribuciones, mejor le echo mi dinero a los cerdos. Pensaba que yo me lo quedaría todo, sin contar con mis hermanitos. Creo que por eso yo salí tan malparado.

Ahora unas enormes máquinas trabajan en los derrumbes, y a veces vienen los hombres en la oscuridad para llevarse las tuberías. Los cables de la luz también se los llevan arriba de sus carros. Lo bueno de este barrio es que no vive nadie en él, por lo que Valdoncella puede correr por las callejuelas de adoquines sin ser molestada. Yo aún no me atrevo a salir. Ella regresa día a día en silencio, con cautela, como si entrara a esta casa por primera vez. Ahora suele entrar muy disimuladamente y siempre de forma inesperada, sin anunciarse de ninguna manera. Se acerca sospechando de mi enfermedad, me mira cuando vuelven los truenos y la lluvia. Sin expresión me examina de nuevo, atentamente, como si fuera su retrato. Entonces, para convencerla de que soy un artista de la actuación, recurro a la más difícil y eficaz de mis mañas. Dando vueltas empiezo a ensayar pequeños espasmos sobre el sillón, pero ella me mira y bosteza, quizás esperando algo nuevo de mi repertorio. No obstante, la escena de estremecimientos de la piel y contorsiones de los huesos es tan real, tan dolorosa, que no me reconozco. Por lo menos aún me sirve para que no me obligue a acompañarla. Quiero volver a la casa de la vieja que me crió en su regazo, pero ni siquiera sé decir a dónde quiero volver, así que prefiero callarme y ensayar un dolor nuevo. Valdoncella me tantea la cabeza con su mano, huele mi boca para asegurarse de que respiro y me pregunta qué hago aquí, cómo he llegado. Su postura es retadora; parece que no le hace gracia mi actuación artística. Yo la miro pidiéndole perdón, pero ella no rebaja el gesto. Es difícil caminar por la calle cuando has vivido en la opulencia. Pero esto no se lo explico, los artistas somos así y a Valdoncella no les gustan los débiles.

—No sé dónde estoy.

—De algún sitio tendrás que venir —me dijo ella.

—Ya no puedo volver a mi casa.

—¿Por qué?

—Porque me tiraron a la calle.

—Vaya. Otro más —afirmó pensativa.

Cuando le voy a hablar de la vieja que me crió en su regazo, cuando la quiero invitar al tejado, para ver la ciudad, enseñarle mis pasos de baile, Valdoncella se marcha deprisa por las escaleras. Ella sabe que puede ser vista por los hombres, pero se arriesga cuando frecuenta el mundo. No sé dormir con la cabeza destapada, mucho menos podría salir de casa para buscar comida como ella espera. La vieja que me crió en su regazo me coronó con toda clase de comodidades, por eso me aficioné a dormir más de la cuenta y a vivir del arte que practico frente al espejo. Me parece verla todavía, siempre de negro, oprimida por el color de su religión, pálida con su luto eterno, hablándome con voz lenta y suave, riendo con los movimientos de mi cuerpo.

Una tarde la vieja seguía en la cama cuando me levanté a comer. A veces le pasaba. Se quedaba acostada todo el día y no fui a molestarla porque quisiera saborear ese salmón tan rico que ella compraba para mí. Sin embargo, estiré bien las orejas por si en algún momento escuchaba su tos ronca. Debía de ser media tarde cuando me cansé de dormir, y acuciado por las ganas de ver qué pasaría en el capítulo de mi serie favorita, fui al salón. Fue desolador ver la pantalla de la tele apagada. ¿Qué caso resolvería Jessica Fletcher? No pude esperar y fui a buscar a la vieja a la cama. Soñaba pensando en que nos sentáramos en el sofá, yo acurrucado en su regazo mientras ella no se cansaba de acariciarme la espalda y darme de vez en cuando un beso en la frente. ¡Mi

niño lindo! El único que no me ha dejado sola. Estaba tendida en su cama, inmóvil, tapada hasta el cuello. Me metí debajo de las sábanas. Siempre que lo hacía, ella se giraba torpemente. Pero esa vez no sucedió así. Tampoco se quejó ni soltó ese ronquido de locomotora. Salí afuera y busqué su mano. Me coloqué debajo y traté de ganarme sus cariños, pero no hubo manera. De repente, el pelo se me erizó al notarla fría como el suelo de mármol que cubría con alfombras. Y entonces comencé a gritar tanto, que hasta me asusté de lo ronca que me salía la voz.

Ahora continúa la lluvia sin parar. No es torrencial. Es fina, a veces mínima, pero jamás se detiene. Y a medida que los árboles de la calle empiezan a florecer, las molestias producidas por mis ejercicios se me olvidan y Valdoncella me parece una criatura demasiado encantadora. Ella camina por las habitaciones vacías, se asoma por los pasillos oscuros, mirando las paredes resquebrajadas, cada rincón olvidado. Me dirijo con cautela hacia ella, subo deprisa los escalones, en la cocina la sorprende de pronto con mi presencia, pero no la asusto. Me acerco tres pasos y ella retrocede cuatro. Me mira inmóvil, como si estuviese mirando al espejo. Sigue con sus claros y grandes ojos la mirada de los míos. Lo que veo resulta una agradable sorpresa. Los pómulos salientes, su rostro redondo. Y sus labios sonríen. De improviso corre a esconderse de mí. Un olor a meado de gato da vuelta cerca del sofá. Es raro que no me moleste, lo encuentro hasta agradable. Ahora escucho su llamada desde el salón. Suelta un maullido de gata, yo creo que para hacerme burla. Vuelvo tras mis pasos, ella juega sin vacilación sobre el sofá, me empuja con brusquedad, meneando la cabeza como diciendo aquí estoy, no me puedes atrapar. Todo iba bien hasta que un día vi la cara de Valdoncella en cada trocito del espejo roto. Enseguida esa extraña imagen creí verla en todos lados. Tal vez imaginaba que ya no regresaría, pero ella ha decidido quedarse en esta vieja casa conmigo. Lo percibo aunque haya vuelto a salir sin que yo pueda ver el trayecto que seguirá. Alcanzo a oír el ruido de la puerta.

Ella quiere que sea su ayudante en el rastreo de las viviendas vecinas, pero yo no sabría cómo reaccionar si viera a uno de esos hombres que arrancan los cables y cañerías de las casas, después de mi única experiencia en el mundo exterior. Cuando la vieja estiró la pata, en su mismo funeral me agarraron del cuello y salí disparado a través de la ventana.

No fui a ninguna escuela para aprender a escribir. Cuanto sé lo aprendí de la vieja; la vieja que me crió en su regazo. Cualquier carta que llegaba, la leía con detenimiento. Hasta a las facturas le encontraba las letras. Tomaba su cristal redondo con mango, que lo agrandaba todo, y comenzaba con su retahíla. Yo seguía su lectura, lenta y acompasada, a través del cristal de aumento, y así aprendí que, conforme se juntaban las letras unas con otras, sonaban de distinta manera. Por eso conseguí descifrar la calle donde vivo: se llama Valdoncella. Por eso he visto algún letrero que anuncia la próxima reconstrucción del barrio. No lo entiendo muy bien, pero por las máquinas que cada día demuelen un edificio, creo que lo quieren cambiar de aspecto. Yo no lo conozco porque no me atrevo a asomarme a la callejuela de adoquines, por si Valdoncella me empuja y cierra la puerta. A veces pienso que le molesta mi presencia, sobre todo cuando me mira al comer.

He transpirado toda la noche pensando en Valdoncella. Entre las tonterías que soñé, no sé cómo supe que ella había pasado la noche en esta casa bastantes más veces de las que yo creía. En algún momento me entregaba a los hombres y ellos no lograban apreciar mi talento artístico. No sé si me ha estado espionando. Es posible que sepa la verdad y ya no traiga más comida, que me obligue a salir a buscarla, y entonces moriré de hambre. Me asomo al balcón para ver si viene y leo la palabra Valdoncella, el nombre suyo y el de la calle en que vivimos. Aunque creo que sólo

yo la llamo así y que jamás la he llamado por este nombre. Oigo las máquinas que taladran los edificios cercanos. Y aunque tenga la sensación de derrumbe continuo, un artista debe imponer su voluntad y seguir actuando frente al espejo.

Las paredes desconchadas tienen algún retazo del papel de flores que antes las vistió. La casa, como en un salto en el tiempo hacia atrás, abandona el olor de la lluvia. El sol ingresa desde la esquina del techo que se encuentra a la intemperie, evapora la humedad encerrada que aún queda. El aroma del pescado indica la presencia de Valdoncella detrás de la puerta. Me asomo para recibirla, pero se escabulle al final del profundo corredor. Entonces, como una oscura sombra comienzo a correr. Pienso en la raspa de pescado que ha traído y bajo los escalones cubiertos por telas de araña. Doblo a la derecha, hacia un peligro de derrumbe colgado en la pared. Pero Valdoncella también está allí, llamándome. Guiado por un instintivo impulso, miro la cara fragmentada en los distintos trozos del espejo. Me embarga un miedo angustioso al imaginarla entregándose a los hombres, pero el hambre me obliga a entrar en una habitación desconocida. Salto sobre Valdoncella para morderla, pero ella me esquivo con un salto mucho más acrobático. Entonces mi olfato encuentra los restos de una lubina y chupeteo cada trozo del esqueleto. Enseguida acerco con cautela la cara y veo una rayita negra en sus ojos. También me parece ver en la comisura de sus labios una sonrisa tímida. No sé cómo entiende que la actuación es parte de mi vida. Y esas dos insignificancias, el delirio frente al espejo y la sonrisa pequeñita, es todo en una casa a punto de ser demolida, un minúsculo todo que se pierde a toda carrera, perplejos, estúpidamente felices sobre los sucios tejados del vecindario.

NOELIA Y EL LOCO DEL VIOLONCHELO

Desde el día en que adquirió la furgoneta, Noelia olía a gasolina. Éste había sido uno de los principales motivos de discusión con Mónica, su hermana mayor. Pero el más importante era la continua pérdida de cosas. Un día era una chaqueta con capucha, otro un reloj de pulsera. El último robo fue el más doloroso: un objeto íntimo que vibraba, obsequio de un ex-jefe de oficina. Mónica estaba cansada de tolerar a Noelia. Aún así trataba de entenderla, reía cuando la oía hablar de que había que robarle al Estado, siempre con la burla hacia la *pareja dinamita*, como los nombraba cuando sacaba a relucir su risa de hiena.

Mónica en un comienzo trató de tomárselo con humor. Sentía pena por su hermana, pero tras la incómoda situación de encontrárselos en su piso la cosa se hizo intolerable. No comprendía cómo su hermana podía aguantar a ese hombre que casi le doblaba la edad. Con sólo ver sus pintas de vagabundo, Mónica lo evitaba y se encerraba en su habitación hasta que se largara y desapareciera de su vista. No soportaba ese peluquín mugriento, ese olor pegajoso y rancio propio de un hombre que rara vez se duchaba. Pero el olor del alcohol era más fuerte. Por eso no se acercaba mucho, tenía miedo a que la tomara del brazo y le pegase alguna enfermedad. La locura, claro. Si se parece al Yeti, afirmaba. El Loco arrancaba una hoja de la Biblia para liarse un porro de marihuana. Mónica miraba aterrada como la ceniza de aquel porro caía en el suelo de su cocina. Le asustaba pensar que su aliento provocara un incendio, pero lo que más le preocupaba era que su hermanita siguiera esnifando coca. Ordenó la almohada del sofá y observó el placer de su gesto mientras fumaba. Cerró la puerta del baño y se fijó en sus largos brazos. Barrió el comedor para no perderle de vista. No podía entender cómo este hombre se olvidara hasta de comer para frotar un arco contra unas cuerdas gastadas por el uso. Luego llegaba Noelia con la ropa húmeda de gasolina, y Mónica se encerraba en su habitación para no perder los estribos. El olor de la gasolina y el alcohol subía por las paredes. El piso entero apestaba. Era como si el hedor se filtrase bajo la puerta de su habitación e impregnara las cortinas, los muebles y las sábanas. Por eso abría las ventanas, para que entrara la brisa suave de la noche y así ventilar ese ambiente cargado de humo y ron.

Mucho antes de ser la mendiga de zapatos de charol, la que pasa la gorra esperando unas monedas, Noelia se prostituyó algunas veces para conseguir droga. En la plaza Macià desaparecía dentro de un vehículo y al rato la dejaban en el mismo sitio. Tenía amigas y amigos con los que fumaba en grupo, y el simple hecho de hacerlo juntos los ayudaba a conocerse mejor. Sin embargo, desde que sufrió la pérdida de conciencia bajo el puente de la ronda del Litoral, pasó mucho tiempo intentando apartar ese velo invisible que cubría sus ojos. Su mente vivía aletargada y su cuerpo sólo exigía más gramos de cocaína. Pero esto Mónica no lo sabe, y al parecer cada vez le

interesa menos. Sólo quiere expulsarla de su piso y no verla más. El Loco vio a Noelia alguna vez en la calle Joaquín Costa. Conocía el sitio donde estacionaba su furgoneta, pero no se atrevía a acercársele para verla mejor. Aquél era el recorrido hacia su piso en el Raval, siempre con el violonchelo a cuestas, su inseparable compañía. Veía a cada una de las jovencillas tirando de la ropa de los viejos que deambulaban, disfrutando del acoso. El día que se detuvo en la esquina, le agradó ver su boca pequeña y arrugada. La enorme cabellera rizada y roja de Noelia le pareció fascinante. Había algo más en ella que la hacía destacar sobre las demás, pero nunca quiso acercarse para ver de qué se trataba. El Loco del violonchelo no era putero. Acaso *voyeur*, pero siempre con cierta distancia. Por todo esto le sorprendió verla en la fiesta del piso en el Paseo de Gracia. Aquello le pareció una casualidad más grande aún que la repentina invitación del borracho que lo arrastró a esa fiesta.

El Loco se vestía pulcramente una vez al año. El siete de octubre se pulía las uñas y se cortaba la barba. Ese día era el de su cumpleaños y también la fecha de la muerte de su madre. Por eso se rasuraba y se ponía una camisa limpia, y encima una chaqueta de gamuza. Todo para recordarla llevándole flores al cementerio. Después, por la tarde, se dedicaba a pasear por la playa. Fue en uno de esos paseos, una noche de aire enrarecido, en que un hombre pasado de copas tuvo la gentileza de invitarlo a la fiesta del Paseo de Gracia.

Sobre la mesa había todo tipo de licores, la gente bailaba con movimientos de maniqués, y el Loco no tardó en reconocerla. La vio radiante con esa boca pequeñita entre los rizos salvajes. Apoyada contra la pared, Noelia soñaba con el ser extraviado de su cuerpo. Veía colores simétricos que se mezclaban entre sí, como un monumental caleidoscopio. Le pareció oír el cuchicheo de sus padres, también ignorantes de todo lo que ocurría en su mente. Aquel hombre alto que le hablaba era como un estribillo sonando en el viento, un príncipe de raro encanto. Se colgó de su cuello, desprendiéndose de todo cuanto la rodeaba. A diferencia de los amigos que habían utilizado su cuerpo, Noelia notó que aquel hombre grande no quería quitarle la ropa. Tampoco le negaba otra raya de coca. El Loco supo desde un comienzo que su beso no serviría para despertarla del encantamiento. Quizás ni siquiera percibía su cara radiante después del afeitado, mucho menos ahora que el alcohol ya lo lanzaba hacia la inconsciencia. En cualquier caso, él estaba feliz. Los besos de Noelia tenían una mezcla de sudor, tabaco y limón. Después de una charla breve pero intensa, al Loco le sorprendió aún más que Mónica, la pija anfitriona de la velada, fuera su hermana. Había alquilado la espaciosa sala para celebrar sus treinta y tres años. Las hermanas eran totalmente opuestas. No obstante, para el Loco del violonchelo todo aquello era más real que tocar en el subterráneo del metro. Llevaba cinco años sin sentirse enamorado.

La acompañó aquella noche hasta su portal, sin dejar de besarla, y Noelia se reía de las bobadas que le susurraba al oído, y lo sujetaba por la espalda por miedo a que se cayera en cualquier momento. Qué más da, decía el Loco cuando la tomaba del cuello y hundía la nariz en su cabello rojo. Noelia parecía emitir una musiquilla nocturna que se mezclaba con la risa, con los primeros abrazos, las primeras miradas de reconocimiento mutuo. Aquí empezó todo. El primer encuentro estuvo cargado de tropiezos, paso a paso, con las bocas unidas, disimulando el resplandor de los ojos, con la velocidad justa para no caer al suelo, bajo los altos árboles de la Diagonal, sin separar los labios.

Estás bastante loco, le dijo ella al salir de la fiesta, pero besas tan bien que te lo perdono. Su presencia enorme la protegía de los ruidos que los padres producían en el interior de su cabeza. Si estuvieras despierta quizá tendrías otro criterio acerca de mi persona. Eso no le preocupaba a

Noelia, tampoco si iba a ser posible volver alguna vez a la realidad. Hasta ese momento ella había tenido una vida complicada. Probó la cocaína una vez y casi de inmediato se enganchó. Cuando sus camellos dejaron de regalársela, empezó a vender algunas joyitas que había recibido en la adolescencia para conseguir nuevas papelinas. Hasta que los padres lo descubrieron todo. La echaron de casa, pero siguieron pagándole la carrera de Bellas Artes. Mónica la recibió en su piso y con el tiempo se arrepintió: jamás toleró su hedor a gasolina. Así estaba su vida cuando conoció al Loco que tocaba el violonchelo en la calle Ferrán y en el subterráneo del metro de Catalunya. A Noelia le hizo gracia su peluquín, los zapatos blancos, esas arrugas en los ojos que parecían sonreírle; pero sobre todo la facilidad con que cargaba el violonchelo, como si levantara a una niña justo por la cintura.

El Loco no entendía su afonía crónica. Después supo que se gritaba día y noche con su hermana y de ahí el continuo desgaste de su garganta. Además del diminuto objeto que vibra y de las cosas que se le perdían a Mónica, el motivo de las frecuentes discusiones era la economía paupérrima de Noelia. Ella se había acostumbrado a darse una vuelta por la plaza Macià. Cinco o seis clientes en tres horas eran suficientes. Aquello se había convertido en una rutina, como la de transportar cuadros de sus colegas en la furgoneta. Mónica la despertaba a gritos, le pedía que abriera las ventanas porque el piso apestaba a gasolina. ¡No soporto tu fetidez! ¡El día menos pensado me incendias la casa! Noelia la empujaba sacándola de su habitación y seguía durmiendo. Hacía mucho que buscaba un piso, mejor dicho un pequeño estudio. Difícil lo tenía tratándose de Barcelona. Cuarenta metros cuadrados, alquiler quinientos euros al mes. Por supuesto que era una locura.

Mónica cumplía con facilidad la expectativa del nuevo jefe. En la oficina estaban satisfechos porque resolvía con rapidez los percances del negocio. Había terminado periodismo y otras dos carreras. Noelia más soñadora, menos práctica, se decidió por Bellas Artes. A la mayor le fue bien. Tanto tesón dio sus frutos, aseguraba con orgullo ella. A la menor, no tanto. En tres años sólo pudo acabar el primer curso.

Virgen del puerto se llamaba la calle por donde se paseaban las yonquis que vendían su cuerpo. Muy cerca de allí, bajo el puente de ronda del Litoral, Noelia sufrió una sobredosis con unos amigos dentro de su furgoneta. Cuatro vagabundos la despojaron de su ropa y se la fueron tirando de uno en uno. Salió del hospital decidida a dejar la prostitución, por miedo a contagiarse el sida. Esperó con paciencia la luz que alumbrara su destino artístico, pero aquel sueño se resquebrajaba a medida que su mente se perdía en el infierno. Tenía muchas ideas pero rara vez las llegaba a plasmar en un cuadro. Aún así insistió pintando sobre las telas varias veces, buscando la magia en los colores; y la confusión de no poder ver con nitidez un camino la conducía a tener riñas continuas con Mónica. Cuando ella se enfrascaba en alguna discusión, el Loco prefería salir a la calle a fumar. Allí contemplaba la luz de las farolas reflejadas en el asfalto mojado y se sentaba a esperarla. En el lugar que estuviese sacaba su instrumento, sujetándolo entre las piernas, y con los dedos pellizcaba las cuerdas. Los acordes volaban cuando le costaba entender la relación de las hermanas. Intuía algo sobre el daño irreparable que sufría Noelia. No sólo en el cerebro sino también en la visión, pensaba sonriendo. Por algo estaba con él. Sin duda, su visión de la realidad estaba distorsionada.

El Loco recibió el violonchelo el día en que murió su madre, treinta años atrás, el 7 de octubre de 1967, el mismo día en que cumplía catorce. El día del accidente el Loco estaba borracho. Aún le parecía oír el bastón de la anciana que venía con la noticia, la mujer que cuidaba a su madre.

Fue ella quien se acercó al grupo de muchachos sentados en un banco de la plaza Vendrell, en el Raval. Vino deprisa preguntando por el hijo de la violinista húngara. El Loco no se movió de su sitio; pronto supo que era a él a quien buscaban, pero el aturdimiento del ron le impidió reaccionar. Los adoquines brillaban por la reciente lluvia. Las luces se reflejaban como espejos de su propia locura. Una vez asimiló el recado, la desesperación inundó su garganta y la botella de ron se hizo trizas en el suelo. Resbaló en su carrera y se golpeó la cabeza contra los adoquines. Era el día de su cumpleaños, lo había olvidado. Se suponía que su madre vendría a buscarle con un regalo bajo el brazo y le pediría que volviera con ella, que dejara a esos vagos con los que se juntaba. Pero no fue así. El recado anunciaba que la húngara había sufrido un derrame cerebral. Y mientras echaba a correr, la borrachera desaparecía de sus sentidos, y desde que la vio tendida en la cama, más pálida de lo que ya era, con el instrumento que acababa de comprarle, el Loco no volvió a ser el mismo.

Su madre había llegado a España embarazada. Era concertista de violín. Llegó de Budapest escapando del *locoque* la preñó. Prefirió criar al niño ella sola antes que compartirlo con aquel cretino. Por eso los continuos viajes y la crianza del Loco al cuidado de la canguro. Siempre quiso que su hijo tocara algún instrumento.

Los pasos de Noelia se acercaban, sacándolo de su recuerdo. Lo había visto hablando con el violonchelo, pero no sabía a quién se dirigía realmente. Lo levantó asegurándole que no soportaba a su hermana, que esa hija de puta bien podría estar muerta. Esa madrugada Mónica le dijo que en su casa no se admitían putas drogatas y le tiró una bolsa con ropa por el balcón. Noelia no pudo tolerar la prepotencia, aquella humillación, y se fue a vivir con el Loco. Ambos decidieron trabajar juntos en la calle. Los primeros cinco meses estuvieron cargados de felicidad. El Loco ponía el instrumento entre sus largas piernas, tocaba poco a poco para saber cómo había amanecido y Noelia dirigía la gorra o el peluquín a los transeúntes. Ella le comentaba que sentado así parecía un saltamontes. A veces la gorra o el peluquín pesaban con las monedas. En otras ocasiones, las más, la gente caminaba evitando su ropa con ese aroma fuerte de la gasolina. El Loco le contaba que perdía la noción del tiempo cuando tocaba. Los ojos no veían nada cuando la melodía se le metía en los huesos. No se daba cuenta de la hora. Cuando volvía a la realidad, veía su peluquín o la gorra con monedas, y ahí recién pensaba en las horas que había pasado tocando. Noelia percibía que la locura o pasión o lo que fuera aquello era una de sus mejores virtudes. Pero eso de vibrar de pasión por alguien hacía rato que sólo sucedía en las películas.

Un día Noelia le contó algunas cosas sobre los veinte años de su furgoneta, desde la compra por trescientos euros hasta el cambio de motor que le había hecho. Además de pintar y ser una buena artista, otra de sus mayores preocupaciones era la de juntar dinero para pagar el seguro. Son unos cabrones. Los impuestos del Estado, las trampas de la ley para sacarte el dinero, afirmaba, la tenían hasta el moño. Por eso, después de la plaza Macià, se montaba en su furgoneta y recorría unos cuantos kilómetros buscando llenar los diez bidones que cargaba en la parte trasera. Chupando una manguera, vaciaba los depósitos de los camiones de las grandes empresas constructoras. A ésas le robamos con gusto, y si tienen un letrero con la indicación de que aquí invierte el Estado, más todavía. Por eso a todas horas olía a gasolina. Aunque se duchara y cambiase de ropa tres veces al día, Noelia no podía quitarse ese olor de encima.

Tiempo después, cobijada por las grandes manos del Loco, Noelia dejó la cocaína. Aunque sólo durante un tiempo. El colchón de plumas en que había nacido era un recuerdo borroso, horrorosamente real cuando veía a Mónica. Pero Noelia esto no lo pensaba, simplemente le

gustaba la calle. El Loco la atendía cuando llegaba con la garganta destrozada de tanto gritarse con su hermana. Le preparaba un zumo de naranja, miel y limón para suavizarle la voz. Él comprendía sus secretos, la cuidaba como si fuese su melodía más delicada. La felicidad para ellos consistía en disfrutar de la vida en la calle. Él tocaba sentado en un tarro y ella pasaba la gorra. Una vez el Loco le pintó las uñas; después tenían que ir deprisa al Día, pero ella no se podía vestir mientras tuviera el esmalte fresco. Sus dedos no podían tocar prenda alguna. Así que el Loco le quitó el pijama, la vistió subiéndole las bragas y luego los pantalones. Estaba en ello cuando se percató que el sexo entre ellos no andaba bien. Ella dormía enredada en sus largos brazos, se sentía protegida, había perdido la sensibilidad y ni siquiera el diminuto objeto que vibra lograba excitarla. Pero esto el Loco no lo sabía, imaginaba que se trataba de una época sin ganas, temporal quizás. Su mano bajaba por la espalda cuando la acariciaba, pero ella se quedaba quieta, congelada antes de reclamar que la quitase y no fuera guarro. Cuando le hizo un comentario sobre el poco sexo que tenían, Noelia estalló diciéndole que todos los hombres eran iguales. ¡Asqueroso! Sólo pensáis en eso. Salió dando un portazo y esa noche no llegó. Pasó miércoles, jueves y viernes sin aparecer por su piso en ruinas. Sólo podía callar a las voces que se agitaban convulsivas en su mente con una buena dosis. Llamó a sus amigos que le compraban gasolina, sin respuesta alguna. Más tarde no le preocupó que los hombres del puente utilizaran su cuerpo una y otra vez; lo importante era esnifar coca. En la cabina telefónica colocó la raya, prácticamente recta, cuidándose de la brisa callejera. Se metió la mitad por el orificio izquierdo y la otra mitad por el derecho, y volvió a creer en Dios. Noelia se sentía feliz. La gloria se dibujó en su sonrisa al verlo todo distorsionado. Otra vez los colores simétricos se mezclaban entre sí, en su monumental caleidoscopio.

El Loco fue a casa de Mónica y se enteró de que Noelia le había vuelto a robar. Ahora con descaro, además le había vaciado los cajones. Ahí comprendió que había vuelto a las andadas. Al día siguiente estuvo seis horas tocando sin parar. Luego fumó un cigarro mirándose las manos, soplando las cenizas que le caían a la ropa, y se inclinó hacia el suelo para cerrar el estuche una vez guardado el violonchelo. Lo apoyó en su cadera y subió los peldaños de la salida del metro. Estación de Catalunya. De camino a casa, presuroso, no dejó por un instante de imaginar el reencuentro. Caminaba por la calle Tallers hacia el Raval cuando alguien lo saludó. Hacía años que mantenía eternos diálogos con su instrumento. Sobre todo, cuando estaba borracho. Casi toda la semana. Pero en su piso no había rastro de Noelia. Dejó el instrumento sobre la cama. Con la punta del zapato movió la botella de vino vacía. Todo se reducía a esperarla tocando el violonchelo en la azotea de la finca para no despertar a los vecinos. Noelia ya no vendría más con esa cara de niña asustada buscando el calor de sus patas de saltamontes. Sus brazos ya no anudarían más ambas soledades.

Las tardes lo acompañaron en la boca de metro bajo nuevas melodías de su violonchelo. La gorra encima de la Biblia que servía de pedestal y los acordes volaban como hojas de otoño. A pesar de que el Loco pensó día y noche en Noelia, la derrota de no volver a verla la asumió con resignación porque no quiso ir en su búsqueda. Ya estoy viejo para esos trotes. Pensó en el carácter explosivo de Noelia, temió una sobredosis y que él no estaría allí para ayudarla. Sospechaba que ni siquiera le gustaba la paz hippie de fumar marihuana en las hojas de la Biblia. Sabía de su gusto por rellenar los bidones sacándole gasolina a los camiones, la mendicidad en la calle como un modo de rebeldía contra la familia pija que la había criado. Todo se reducía a eso y a esperar, a hacer algo con la grieta que tenía en la habitación; la humedad parecía agrandarla

cada vez más, acercarse a la ventana, observar la nubosidad del día, y seguir con los dedos el despliegue de las gotas de agua. Pero aún no llovía.

Los días pasaron.

Una noche el Loco abrió una botella de ron que guardaba para las ocasiones especiales. Primero se sirvió en un vaso con hielo. Rápidamente olvidó el vaso y bebió directamente de la botella. El alcohol ascendía a su cerebro provocándole una risa idiota. Al día siguiente despertó con una rara sensación de felicidad, que no sabía si atribuirle a la resaca o a la melodía de su teléfono. En todo caso Noelia le había dejado un mensaje en el buzón de voz. Con dificultad, escuchó algo que tenía que ver con la despedida definitiva de este mundo. El Loco imaginó su cerebro reventado de coca. Se puso los pantalones y los zapatos como pudo. Bajó al locutorio. Llamó a Mónica advirtiéndole de que Noelia se suicidaría. La noche anterior las hermanas se habían agarrado del pelo. Mónica le pedía la llave del piso. Me tienes harta, le gritaba, por qué no te mueres. Ya me da igual todo lo que me has quitado, debería encerrarte en un psiquiátrico... Pero Noelia sólo quería golpearla. Le recriminaba que a ella se lo habían dado todo por ser la más guapa, la justificación de siempre para obrar en los cajones de la cómoda, bajo la cama, entre la ropa del armario. Necesitaba cocaína para sentirse mejor.

Mónica decidió no contarle este incidente al Loco; ya habría tiempo para entrar en detalles. La intuición le indicaba que en ese momento seguro que la encontraría en su piso de la Diagonal. Por si acaso ahora llamaré a la policía, pediré permiso en la oficina, trataré de ir... Cuando empieza a esnifar nadie la frena, le aseguró. Ahora mismo voy a verla a tu piso, le dijo el Loco y colgó, un poco fastidiado por la reacción de Mónica.

Subió a su piso para recoger su instrumento, pero en último momento se arrepintió y lo dejó sobre la cama. Bajó deprisa las escaleras buscando la boca de metro. El mensaje en su móvil de pantalla rota, aviso de espanto, la supuesta sobredosis de Noelia le hizo recordar el ataque cerebral de su madre y corrió más rápido. No se dio cuenta cuando el viento le abofeteó el peluquín. Todo tenía tan poco valor tratándose de Noelia, de las notas que ahora lo acompañaban, que le besaban la frente con esa boquita pequeña. Los árboles soltaban sus hojas cuando sus pies aceleraban el tranco, chorreando sudor, mientras una anciana le gritaba que tuviera más cuidado, casi tropiezas con mi perro. Cruzó veloz la entrada evitando el ascensor, subió hasta llegar a la puerta.

Mónica aparcó el coche en zona prohibida. Bajó deprisa con la pestilencia impregnada en la nariz. No sabía si era su imaginación o la locura de pensar en su hermana menor. El hálito de carteles luminosos ya estaba encendido, congestionando de palidez las caras de la gente, las sombras de su calle vacía y por último el portal, todo en una sucesión de momentos sin vida. Por encima de los árboles de la Diagonal, Mónica levantó la vista hacia la ventana y quiso ver más allá. El aire le trajo un leve aroma a papel quemado. Respiró profundo. Blanco, naranja, amarillo; sobre todo rojo. Las llamas salían con furia por el balcón de su piso.

SEÑOR SIMULOS

En un momento lejano de mi vida, yo tomé pastillas para algo parecido a la locura. En aquella época mi madre, con sesenta y ocho años, se había vuelto a enamorar. El viejo tenía las orejas peludas y le gustaba darse palmadas en la barriga, para piropearla por lo bien que cocinaba. Desde que vi al Señor Simulos besarla apasionadamente en el sofá supe que era un embustero. Su mano entre las piernas y bajo la falda de mi vieja se colaba por mis ojos y revolvía mi cerebro. Yo lo tenía calado. Mi vieja, tan ilusa, le creía todas sus bobadas. Ella se encariñaba cada día un poco más y yo pensaba que el Señor Simulos la mimaba con sus falsas atenciones, porque su negocio no sólo dependía del reconocido doctor Ponce de León, sino también de mi vieja. De hecho, fue el doctor quien se la presentó en su casa durante una cena a la que sólo asistían personas de su edad. Este mismo médico hacía recetas para el desequilibrio que yo sufrí por aquel entonces. Él me trataba como a un deficiente mental y su diagnóstico afirmaba que lo mío era grave.

Parece ser que el Señor Simulos había leído con bastante interés todo tipo de libros de medicina y literatura rusa. Así alimentaba su discurso y su maliciosa hazaña de engañarnos a todos. No sé cómo contactó con el doctor Ponce de León; tampoco sé nada sobre la información de la que disponía para dar con el médico más bonachón e ingenuo de Madrid. Sólo recuerdo que un día mi madre me pidió que lo acompañara al periódico. El Señor Simulos tenía una información importante que debía ser publicada. Así que nos presentamos en la redacción de un periódico madrileño, subimos las escaleras y preguntamos por cierto periodista, otro viejo conocido del doctor con el que teníamos cita. Al cabo de un rato, el Señor Simulos me pidió que tomara asiento, y se dirigió al periodista para sacar a relucir un repertorio sobre su vida que me dejó gratamente sorprendido. El periodista le preguntó por qué no escribía sobre su estancia en Rusia, aquello podía tener interés. El Señor Simulos le explicó que tenía mucho material acumulado, que entre otras cosas estaba haciendo un bosquejo de sus memorias porque pensaba publicarlas en un libro. El periodista me miró imaginando que yo era su hijo e insistió en el interés de aquella noticia. Anunció que podía concederle un espacio en su periódico para que fuera escribiendo reportajes. ¿Le parece bien? Magnífico, apuntó el Señor Simulos dándose un par de palmadas en el estómago. Luego me abrazó con exagerada complicidad, casi como si fuésemos amigos, y no sé por qué tuve la impresión de que había algo extraño en el brillo de sus ojos.

Así fue cómo publicó los primeros reportajes de la serie titulada “Los españoles en Rusia”, que despertaron gran interés en los lectores. A los pocos días una emisora de radio de la capital lo contrató para que narrara otra serie de relatos que los oyentes escuchaban con atención, y en los que el Señor Simulos, con una fantasía y habilidad innegables, daba vida a un mundo que

desconocía por completo, pero que le provocaba una admiración tan intensa como la que mi madre sentía hacia él. Para sus oídos y ojos la historia de su vida era una verdad cristalina como el agua. Lo malo fue que, en cierta ocasión, tropezó con un directivo de la emisora que de verdad había estado en Rusia y que tenía dudas respecto a ciertos hechos que delataban ignorancia. El hombre llamó a nuestra casa y pidió hablar con él, pero el Señor Simulos se había indisputado del estómago, así que no atendió y ni siquiera le devolvió la llamada. Yo le apunté el nombre y el teléfono en un trozo de papel, pero el viejo simulador me dijo que ése era un codicioso, que sólo quería información gratuita para sumar puntos en el trabajo, y que no pensaba llamarlo. Cuando le pregunté si lo conocía me dijo que por supuesto; una vez lo había visto en la radio, pero no habían entablado conversación alguna. Noté la molestia que aquello le provocaba. Se escabullía dándome la espalda. Apoyado en las almohadas que mi madre le traía, el Señor Simulos leyó el nombre y el número de teléfono en el papelito, y enseguida lo rompió, como si no quisiera dejar rastro de aquel intruso. Eso no me sorprendió en lo más mínimo. Era normal que no quisiera hablar con una persona a la que no conocía de nada. Lo que sí me pareció extraño fue la súbita suspensión de sus colaboraciones tanto en el periódico como en la radio desde ese hecho. Comentó que la rutina lo mataba por dentro, que estaba harto de que le pagaran una miseria por su brillante pluma, y prefería no tener dinero a seguir escribiendo para esos medios. Yo lo tenía calado y él lo sabía.

Un día mi madre se estaba empolvando las mejillas frente al espejo. Se miraba de perfil y ensayaba caras que pudieran agradarle al Señor Simulos. Yo creo que ella tenía miedo de pasar la vejez sola. La faja dentro del vestido le apretaba el abdomen, casi no podía respirar, pero no le importaba. Quiero tener una silueta femenina, me dijo risueña como una colegiala. Ella jamás se había comportado así. A partir de entonces nuestra relación empeoró radicalmente. Mi vieja creía que yo estaba celoso y que quería destruir su romance con el Señor Simulos. Me lo explicó en la tercera discusión que tuvimos, a raíz de que ella había dejado la cartilla del banco en manos de su novio para que sacara dinero y le comprara un regalo al doctor Ponce de León en señal de agradecimiento. Yo la veía ajena a la realidad y a las manipulaciones del Señor Simulos. En cuanto el viejo cerró la puerta, ya enterado de cuánto nos había dejado mi difunto padre, yo no me pude contener y tuve un arranque. La agarré del brazo sacudiéndola para que despertara. Le advertí que aquél era un hombre peligroso, que sólo quería quedarse con su dinero; pero mi vieja estaba tan enganchada que me dio un empujón y afirmó que eran alucinaciones mías, propias de un enfermo celoso al que había cuidado durante cuatro décadas. Luego la asustó mi reacción, y por eso salió a toda prisa en busca de las píldoras, las que me había recetado el doctor Ponce de León. Aquel día mi madre se planteó apartarme de su camino. La dosis de aquel medicamento fue aumentando en mi sangre. Pasó el tiempo y yo caí en una depresión, mientras ellos estaban cada vez más gordos, cada vez más enamorados. Más tarde me repuse y me enteré de que el Señor Simulos andaba convalidando su título. Quería ser reconocido como médico, especialista en Neurocirugía. Yo estudiaba cada uno de sus movimientos desde la ventana, y de vez en cuando él levantaba el brazo y me saludaba, como quien se sabe propietario de territorios ya ocupados. Le gustaba pasear por la calle con las manos entrelazadas en la espalda, como si estuviera pasando revista a su próximo objetivo. Ya había engatusado a una mujer sola, ahora debía dar paso al siguiente plan.

El doctor Ponce de León cumplía setenta años y sus familiares y amigos organizaron una velada magnífica. Aquella noche mi madre ya había firmado los documentos para internarme, y yo

la encontré más bella que nunca. Sobre todo porque había dejado de usar esa horrible faja. En aquel momento yo no sabía nada de la liposucción de los pliegues de su gordura, ni de la reducción de su papada. Se la veía realmente feliz y eso era lo que importaba. Recuerdo que el Señor Simulos apareció radiante con una carpeta bajo el brazo. Empezó a saludar con efusividad a todo el personal y a cada uno le dedicó una frase solemne. Tras mirar fijamente a mi madre para mantenerla hipnotizada, se acercó a mi silla con alegría. Yo quería huir para no tener que decirle lo que pensaba, pero el viejo me retuvo por el hombro y me aseguró que haría todo lo posible para hacer feliz a mi madre. Yo estudié el brillo de sus ojos. Actuaba tan bien tratando de ganarse mi confianza que creí haberme equivocado. Mi madre adoraba los pelos que salían de sus orejas; con la yema del índice se los acariciaba y le repetía: ¡Mi koalín! ¡Mi koalín! Yo observé su cabeza gacha, y me disculpé diciéndole que todo a su tiempo. Me miró con el mismo cariño de aquel día en la redacción del periódico, pero ahora estaba frente a más gente y su actuación debía ser más espectacular. Yo trataría de aceptarlo. Creo que eso fue lo que le dije cuando me sirvió un vaso de coca-cola y el sueño empezó a cerrar mis párpados. Luego agradeció mi actitud comprensiva, me dio un abrazo y puso un botón de rosa en el bolsillo de mi chaqueta. Todos se conmovieron al ver aquella escena de reconciliación. Enseguida abrazó a mi vieja, miró a la concurrencia y levantó la carpeta que mantenía firme en la mano. El doctor Ponce de León la abrió. Adentro había una revista donde aparecía una fotografía suya. Era un periódico ruso. El doctor Ponce de León, con gesto pausado, la miró un momento. Y aunque nadie pudo descifrar lo que ponía al pie, todos los invitados estaban sorprendidos sólo con la imagen. El Señor Simulos nos contó que siendo un muchacho, durante la guerra civil, se había marchado con otros chicos de su misma edad hacia la hospitalaria ciudad de Moscú en una expedición de voluntarios. Contados fueron los niños españoles que en Rusia pudieron librarse de la catástrofe. Entre esos afortunados estuvo el Señor Simulos, quien mostrando cierta añoranza por su patria lejana, continuó explicándonos que sólo fingiendo un encendido fervor por la causa comunista, o trabajando en espera de que se le presentara la ocasión de abandonar aquel frío país, pudo aguantar lejos tantos años.

Yo había llamado al directivo de la emisora invitándolo a la fiesta; anhelaba que se presentase para comprobar si era verdad todo lo que decía el Señor Simulos. El periodista me aseguró que vendría para entrevistarlo, y yo no dejaba de mirar el reloj, impaciente por que llegase lo antes posible.

Entretanto cursé en Moscú la carrera de Medicina y obtuve el doctorado con brillantes calificaciones, seguía el viejo. Después se había especializado en Neurocirugía. Con la aureola de su prestigio profesional se había incorporado al ejército soviético, donde le otorgaron el grado de oficial mayor para ser enviado al frente. Todo esto había ocurrido en el transcurso del penúltimo año de la Segunda Guerra Mundial. Estábamos todos embobados escuchándole. De vez en cuando yo miraba por la ventana para ver si venía el directivo del periódico, el único hombre que conocía bien el tema de Rusia. Según el Señor Simulos, el final de la contienda le sorprendió en Alemania, y un feliz día se fugó y cruzó de Berlín a la zona británica. Todavía le quedaba pasar por numerosos apuros para burlar el espionaje moscovita que trataba de localizar y detener a los traidores. Y por si fuera poco, él ni siquiera estaba seguro de que no le pondrían pegadas para entrar en España. Cuando estuvieron a punto de cazarle en Alemania, se marchó a Suecia. Allí, tras muchos avatares que nos detallaba con minuciosidad, consiguió trabajar como ayudante del doctor Hernert Olivecrone, el célebre cirujano sueco, que pronto se dio cuenta de la extraordinaria

competencia y destreza de su nuevo colaborador hispano-ruso. Pero el Señor Simulos, que sólo pensaba en volver a pisar el suelo de su querida España, volver para olfatear los embutidos, para disfrutar del deleite de la paella a mediodía y del aroma del café por las tardes, dio los pasos pertinentes y cuando la situación estuvo más tranquila, abandonó Suecia y llegó a España. Se vio entonces caminando por las calles de Madrid buscando un periódico en el que poder contar su tremenda historia. Al alcanzar este punto del relato, el Señor Simulos apreció un gesto de admiración en todos los invitados. Algunos querían aplaudirle, entre ellos mi madre, incluso vitorearle por su hazaña, pero nos limitamos a elevar las copas y brindar por el triunfo de su aventura. Las sirvientas trajeron bandejas rebosantes de ensaladilla de gambas, canapés de salmón, huevos recubiertos con salsa, trozos de berenjenas gratinadas y otras delicias que no alcancé a ver.

Mi vieja madre se limpiaba una lágrima con la esquina de su pañuelo mientras el Señor Simulos hundía la palma en su estómago, agradeciendo la succulenta comida. Era una magnífica persona disfrazada de cretino. Cuando sonó el timbre de la casa, quise abrir la puerta, pero el doctor Ponce de León me apretó el hombro y me dijo que no me obsesionara, que con el tiempo aceptaría aquella relación. La presencia del periodista era mi única esperanza para desenmascararlo, pero no llegaba. La boca se me ahogaba de bostezos. Después vinieron más brindis y no sé por qué todo se dirigió en mi contra. Al menos es lo que percibí en las miradas. El doctor Ponce de León le presentó al Señor Simulos sus colegas madrileños, catedráticos y renombrados especialistas que lo trataron con vivo interés y simpatía, y con los que conversó, mezclando con el relato de su odisea brillantes disertaciones sobre algo llamado talamotomía. Quién sabe si eso también era producto de su imaginación. Además, tenía otros temas que lo acreditaban como un virtuoso dentro de la difícil especialidad de la neurocirugía. En eso estaban todos cuando derramé el vaso en su barriga. Los párpados me pesaban de sueño, las imágenes se me cruzaban, y supe que algo le había puesto a mi coca-cola. Le di un empujón y lo llamé cerdo asqueroso. Quería verlo con los brazos y las piernas atados en su espalda, tendido sobre la bandeja de la carne y con una cebolla en la boca, bien condimentado antes de introducirlo en el horno. Pero mi madre gritó como si se hubiese apretado un dedo. Desafortunada, le pedía a la gente que me detuvieran, que me obligaran a tragar otra píldora. El doctor Ponce de León se me acercó decidido a desempeñar su papel en aquella obra. Mientras un par de catedráticos panzudos me sujetaban, el doctor me forzó a abrir la mandíbula e introdujo una pastilla en mi boca, ocasión que aproveché para soltarle tal mordisco que casi le arranco el dedo gordo. Después vino otro por detrás y sentí el pinchazo en la nalga. Eso era más fácil que taparme la nariz y obligarme a tragar. Meses después, cuando el Señor Simulos no dejó rastro de su presencia y nadie pudo dar con su paradero, mi madre vino a verme para reconciliarse. Mojó un pañuelo con agua de un botellín y lo pasó por mi frente mirándome a los ojos, sin poder reconocer al hijo que había encerrado.

EL CONCURSO

Para Patricia Puértolas

Debíamos presentarlo al certamen la semana siguiente y me había pasado la anterior buscando ideas como un desesperado, sin saber aún sobre qué escribir. Nunca lo había sabido. Mi mujer me había hecho la maleta después de asegurarse una suculenta pensión por ser madre de nuestros dos hijos. Sin nada que hacer por las tardes, al llegar al apartamento que me había alquilado decidí explotar mi afición de adolescencia y buscar entre intelectuales a mi próxima pareja.

A la octava clase supe que la Mesías de las Letras poseía un mal incurable, que a algunos les atraía por el libro que había publicado, mientras que a otros sólo nos quitaba las pocas ganas de escribir. Ese mal era una neurosis de mujer mayor y sola, eso imaginábamos casi todos, pero la pobre era buena. Eso afirmaba Emma cuando terminaba la clase y nos íbamos al bar Chatelet. Cierren los ojos, nos pedía la alumna estrella a los que vivíamos bloqueados. Muy bien, ahora imaginen el vuelo de unas gaviotas que se acercan. Perfecto. Ahora perciban el roce de las alas en las orejas. ¿Te parece mal si tomo esa idea para mi cuento?, preguntaba otra compañera. Emma se enorgullecía. Por supuesto que no, respondía, todo lo contrario. Si escribiésemos todos tomando la misma idea, estoy segura de que saldrían distintas historias. ¿Y eso por qué? Porque todos pensamos distinto. Yo dudaba de esto. En realidad, dudaba de cada frase, de cada coma, de cada punto.

Cuando llegué a casa, pensé en la facilidad de mis compañeros para traer un relato cada semana. Yo no había terminado siquiera uno que leer delante de todos en las ocho semanas de clase que llevábamos. Me centré en el talento de Emma y cierta envidia me inundó las ideas. Así que opté por lo fácil, lo cómodo que rodeaba mi vida. Llamé a mi secretaria. Los informes que ella redactaba los firmaba con mi nombre, y yo a cambio le pagaba un buen sueldo; todos contentos, pero cuando le pedí que me escribiese una historia cualquiera que ocupara dos folios, la infeliz se negó. No me pida eso, que yo no sé hacerlo, me dijo temiendo por su puesto.

Ya en la oficina, el temblor del desvelo me producía picor bajo la camisa, el nudo de la corbata me molestaba y cada vez que miraba la pantalla del portátil me entraban unas ganas furiosas de atravesarlo con el bolígrafo. Todo por culpa de la vieja Norma y su dichoso concurso. La vieja había insistido desde la primera clase en su importancia en el mundo de las letras por su amistad íntima con un miembro del jurado del concurso de relatos Juan Rulfo. Organizado hace más de diez años por la Radio Internacional de Francia, era la meta que ahora nos imponía. Mi nerviosismo aumentó al ver la cara de todos. Caras emocionadas con la posibilidad de participar y ganar, mientras yo me quedaba sólo mirando. La vieja Norma aludía a su amistad con el padre

de Manu Chao, miembro del jurado. ¡Son pocos los concursos donde se leen los centenares de textos que llegan!, nos expresó haciendo vibrar el cristal de la ventana. Pero en ningún momento cruzó su mirada con la mía, y sí con la de Emma, un millón de veces. De hecho, parecía que le hablaba solo a ella. Para dar las últimas indicaciones, ¡no olviden presentarlo a doble espacio!, sí que me miró de reojo. Creo que hasta molesta porque yo también tuviera aquella oportunidad. Cuidado con el abuso de descripción y redundancias, agregaba la Mesías de las Letras madrileñas. Si bien nunca había escrito un cuento, lo sabía todo para construirlos.

La angustia aumentaba a medida que se acercaba el plazo. Todos se veían en París menos yo, que ya había estado allí muchas veces. Pensé en los ojos canallas de la vieja Norma, los golpes que daba en la pizarra para meternos el concepto en la mente, la espuma de las birras, las velas sobre las mesas, los ceniceros atiborrados de colillas, las historias de Emma y sus consejos a un hombre quince años mayor. Echa a volar tu imaginación, me había dicho, del mismo modo en que recibes el aleteo de las gaviotas en las orejas. Ella repartía ideas para futuros cuentos como quien reparte naipes sobre la mesa. Y aunque no era argentina, tenía una fabulosa capacidad oral. Todos querían oírla. Desprendía la seguridad y el entusiasmo propias de esas personas que pueden hacer cualquier cosa y todas de un modo perfecto. Alguien hizo un comentario que encendió las carcajadas y Emma se puso de pie; anudó su pelo en una cola de caballo.

Una muchacha que no era ella pero que actuaba con su misma personalidad fue a dar una vuelta por el puerto. La preocupación que tenía por su abuela era tan enorme como el desembarco de los marineros. Era un día lunes. Su primo marino había muerto hacía pocos meses, pero lo imaginó entre los muchachos que descendían. Pronto vio a uno que tenía un parecido extraordinario. Se acercó para hablarle. Él la miró de arriba abajo y le gustó, pero no se lo demostró. Ella le explicó que su abuela tenía Alzheimer, que estaba un poco babosa, y también le habló sobre la intensa relación que había tenido con su nieto. Que lo había visto crecer, etcétera, pero que había muerto en un accidente. Luego le ofreció una suma para que se hiciera pasar por él. Sólo sería una visita fugaz para que la abuela se quedara tranquila. El chico que podía ser su primo se quedó pensativo un momento. Y de todo lo que preguntó lo que más le preocupaba era si aquello era ilegal. Tenía miedo de meter la pata. La muchacha, tan bella como Emma, le advirtió que la abuela hablaba consigo misma, que no estaba cuerda, y que no se atrevía a firmar los papeles del testamento sin la presencia de su nieto.

La voz de Emma y su historia nos mantuvieron mudos bajo las velas del bar, pero yo había tomado demasiada cerveza y al día siguiente no recordaba el final. Sólo los brindis, el vaciado de las botellas garganta adentro, una tras otra, con ceniceros atestados de colillas, con muchas ideas pero pocas palabras impresas en el papel. Ahora las uñas de mis dedos se consumían poco a poco con tanta indecisión.

No asistí por la tarde a la oficina, me tendí en la cama para adentrarme en lo más profundo de la mente y buscar en el bendito rincón de la fantasía. Las horas pasaron y yo había conseguido dejar la mente en blanco, como nunca había podido hacerlo en clase de yoga, pero ni rastro de ideas. Cuando volví a mirar al techo y descubrir alguna mota de polvo, se me colmó la mente con los datos de la exportación, códigos de albaranes, el escote de la mujer de mi socio en la última cena de navidad, la final de la Champions League. De imaginación voladora, de gaviotas alrededor de la cabeza, nada. Miré hacia la estantería del salón y los ojos se me fueron solos, sin saberlo, hacia *Las cosas*, de George Perec, un libro nombrado por los artistas del momento. Alguna vez lo había hojeado, pero nunca lo había leído de principio a fin. Abrí por la mitad pero

enseguida su vuelo descriptivo me provocó escalofríos que derivaron en espasmos. Me revolví en la cama empapado en sudor.

Emma me había dado su número de teléfono para cualquier duda respecto a los ejercicios, pero nunca me había atrevido a llamarla. Yo pensaba que en algún momento conseguiría escribir algo que la dejaría impresionada. Ella no sólo me consideraba un tipo débil de carácter, sino un cobarde por aceptar la empresa de mi padre y acomodarme entre los números que no me gustaban. Eso me lo explicó una noche cuando las botellas ya no cabían en nuestra mesa. Nadie me había dicho aquella verdad en la cara y me defendí argumentando que ningún trabajo me proporcionaría aquel sueldo. Eso era lo que importaba, la bendita estabilidad ante todo. Luego me callé porque me pareció estar escuchando a mi ex mujer. Otra opción fue cortar trozos de relatos de diferentes autores, y encajarlos dentro de otro que firmaría yo. Cambiar el escenario, ponerle veinte años más a un personaje, diez menos a otro, pero nunca se me dieron bien los puzzles. Tampoco servía para darle coherencia a la fusión, como hacían los autores profesionales, y si la Mesías de las Letras madrileña detectaba alguna frase plagiada, podía tragarme la tierra. Se me acababan la paciencia y el tiempo a partes iguales. Pensé en llamar a mi secretaria y plantearle un despido inmediato si no escribía el cuento, pero la línea estaba ocupada.

Recordé la historia sobre la muchacha que buscaba al marinero en el puerto para que se hiciera pasar por su primo, y así presentarse ante la abuela. Debía llamarla para que me contase la parte que yo no recordaba, esos detalles que tanto demandaba la vieja y que eran necesarios para que existiera verosimilitud. No podría negarse a contármela, a ella le encantaba dar rienda suelta a su labia. Busqué entre mis contactos uno por uno, sabiendo que encontraría su nombre más pronto que tarde. Cuando marcaba su número, me temblaba el dedo gordo; pero lo pulsé.

—¿Hola? ¿Emma?

—Sí, soy yo —respondió con voz dormida.

—No sé si te acuerdas de mí. ¿Sabes con quién hablas?

—El empresario que quiere escribir y no puede. —Intentó hacerse la graciosa.

—Gracias por el piropo. Voy al grano. ¿Terminaste el cuento de mañana?

—No, todavía no se me ocurre nada.

—¿Todavía no? ¿Mañana tienes clase?

—Sí, pero tengo una hora libre a las once. Aprovecharé para hacerlo.

Traté de no parecer sorprendido, pero su suficiencia me abrumaba, y a ella le gustaba impresionar.

—Oye, yo me estaba acordando ahora de una historia que tú contaste. Aquella del nieto marinero y la vieja adinerada.

—¿A las tres de la mañana?

—Sí. No recuerdo bien cómo terminaba y no puedo dormir pensándolo. Creo que la cerveza me nubló la memoria.

—Es que no sabes beber. Siempre lo decimos. —De nuevo intentó hacer un chiste, pero no le seguí el juego.

—Bueno, ¿me lo cuentas o no?

—¿El qué?

—¿El final de la historia, Emma!

Ella tardó en responderme; apenas cinco segundos, pero demasiado para su costumbre.

Entonces escuché un murmullo varonil. Ella chistaba para guardar su intimidad. Estaba acompañada.

—No me acuerdo de esa historia.

—¡Pero si era buenísima!

—Pues no la recuerdo —zanjó ella.

Creo que el entusiasmo que demostré la hizo sospechar. No sólo había cortado la llamada sino que apagó el teléfono la grandísima... El despertador no me sacó de la cama como de costumbre. Algo ocurrió para que no funcionara. En sueños había tirado del hilo de los poemas de juventud, recordando el rechazo de la atractiva del instituto. Así que abrí el portátil y comencé a escribir como embrujado. De vez en cuando me detenía a pensar si cumplía con las reglas de la vieja Norma, pero seguía adelante. Cuando tenía que escribir el final, se me esfumó el entusiasmo. La guapa del instituto se rió sin compasión de mi poema, y cuando me marchaba con la cabeza gacha, otra chica me dijo por detrás que le había gustado mucho. Me casé con ella. Quince años después sólo recibía denuncias de su parte demandando más dinero por nuestros dos hijos.

Me duché, me vestí sin poder apartar la imagen de mi llegada al taller con las manos vacías, la decepción en la cara de Emma. No tenía ánimo ni para conducir, así que tomé un taxi. Ya había asumido mi fracaso y apenas me salió un hilo de voz para darle los buenos días al conductor. La mañana debía haber sido aburrida para él y tenía ganas de hablar. Así que poco a poco fue sacándome las palabras y entablamos conversación. Me olvidé de todo, y cuando ya llegábamos a mi oficina de la calle Muntaner cambié de opinión y lo dirigí al barrio de Gracia, donde el Aula de Escritores. Ya no podía dejar de hablar con él. Me contaba anécdotas fascinantes, y una vez en mi nuevo destino aún tardé en pagarle y despedirme. Me fui contento, entré en el bar Chatelet y me puse a escribir en el portátil. Apenas comí un bocadillo a las cinco de la tarde, pero todo el rato había una botella espumosa sobre la mesa. Así que cuando puse punto final y fui a la calle Verdi para imprimir el cuento y comprar el sobre para hacer la plica, andaba medio mareado. Lo preparé bien: nombre, apellidos, dirección, teléfono, correo electrónico, todos los datos para que contactaran conmigo y me dijeran que había ganado el concurso.

Llegué al Aula de Escritores a tiempo y dejé el bolso con el portátil al lado de un escritorio. Vi a Emma conversar con un compañero. La saludé, me devolvió el saludo y desapareció por las escaleras en miniatura que daban acceso al altillo donde la vieja nos gritaba en cada clase. Después de un rápido saludo, la Mesías de las Letras me pidió que recogiera los textos de todos. Me levanté. Acepté la orden con total normalidad, sin pensar que me relegaba sólo al puesto de secretaria. Los recogí uno por uno hasta que le tocó el turno a Emma. Noté su evidente nerviosismo al pasarme sus dos folios y el sobre de la plica, y yo me dirigí a entregarlos. Pero me detuve para hojear el cuento de Emma por el camino. Entonces me encontré con la historia del muchacho que suplantaba al marinero y tenía final. Busqué su rostro para mandarle un reproche con la mirada, pero Emma revisaba su carpeta universitaria, seguramente apuntes de la carrera que estaba estudiando.

Sentí tal impotencia, que interrumpí el discurso de la vieja Norma para decir que había olvidado mi sobre de plica en el bolso del portátil. Baja, me indicó ella, con un gesto despectivo con la mano. Era cierto. El sobre estaba abajo pero no por eso quería recogerlo. Había ganado tiempo y me bullía la sangre en el cerebro mientras bajaba por aquella claustrofóbica escalera de caracol. Llevaba lo relatos de mis compañeros en la mano como si fueran un botín. Tal vez los nervios habían reactivado el alcohol en mi sangre y la vista se me nublaba. Tenía que actuar

rápido. Hice sonar la cremallera para que se fiasen de mi coartada y saqué el sobre de la plica. La vieja Norma había insistido hasta la saciedad en que no lo selláramos, para dar ella su último repaso, seguramente. Busqué el sobre en el que estaba escrito «Marinero en tierra», el título del cuento de Emma. Saqué el folio con sus datos personales; vivía cerca de mi piso. Luego saqué mi plica del sobre e hice el intercambio. Emma había jugado sucio. No había cumplido su palabra de ayudarme, así que yo tenía que echarme al barro. Además, estaba acostumbrado a firmar escritos que no había hecho yo.

Le entregué los cuentos a la vieja y los sobres con las plicas, y ella me reprochó con un ojo tanta demora. El alivio del triunfo me haría volver a mirarme en el espejo por las mañanas. Quería oír los mismos aplausos que escuchaba de mi secretaria en las reuniones de la oficina. Tengo que reconocer que después de entregar los textos me entusiasmé con la estancia literaria en París. La seguridad de ganador me pertenecía. Así había sido siempre en los negocios y esta vez no podía ser distinto. Al fin y al cabo, la literatura es un negocio como cualquier otro.

A la vuelta de vacaciones se reanudaba el taller. Tenía ganas de acudir. Había pasado quince días con mis hijos y quería ver a Emma. La vieja Norma estaba exultante. Sonreía tanto que estaba irreconocible. Nos anunció una buena noticia y su mirada dejaba adivinar que no era ninguna sorpresa para ella. Hinchó el pecho y nos comunicó que un cuento de su taller había resultado ganador del certamen Juan Rulfo. Yo lo había olvidado todo, pero enseguida adopté la postura que había ensayado. La vieja Norma estaba tan orgullosa que los halagos le salían a borbotones por la boca. Me ganaría su respeto e invitaría a Emma a París conmigo. ¿Para qué seguir con rencores?

Cuando escuché la historia del hombre gato, que cada mañana le daba de comer a los mininos hospedados en la ladera de Montjuic, todo narrado por el taxista que comenzaba su turno a las seis de la mañana, se me paralizaron todos los músculos. La vieja abrió el sobre y Emma se levantó emocionada a fundirse en un abrazo con ella mientras su pelo cepillado se alborotaba entre la euforia de los compañeros. Creía que iba a ponerme a llorar porque los párpados se me habían quedado quietos. Te mandaré una postal desde París, me dijo mientras abría una botella de vino turbio.

CARA DE PENDEJO

Mi hermana se echó un novio con cara de pendejo pero con mucho dinero y se volvió, sospechosamente, más recatada; pasó de ser puta a nada más que muchacha alegre. Y eso me trajo problemas, como siempre, como toda la vida, aunque yo me había hecho el propósito de alejarme de ellos hacía mucho tiempo. Vivía en la cima de un cerro alejado de todo pero cercano a la frontera, de cara al mar. A mi casa la aprisionaban las nubes por la mañana. A mediodía el viento las disolvía y me quedaba frente al océano. Poca gente me visitaba: el camión de aljibe que me llenaba el depósito una vez al mes, el repartidor de los paquetes que encargaba por teléfono.

No entiendo cómo mi hermana dio conmigo, si a nadie le había dicho dónde estaba. El caso es que una tarde, desde el cuarto oscuro que tenía al lado de mi habitación para revelar fotografías, escuché levemente que alguien golpeaba a mi puerta. Agucé el oído para asegurarme y la psicosis se apoderó de mí ante la inesperada visita. En unos segundos decidí que era mejor abrir, demostrar que la casa estaba habitada y no por alguien que temía a las sorpresas. Cuando encontré los enormes ojos claros de mi hermanita, sonriente como siempre, como si con ella no fueran nunca los problemas que causaba, no conseguí sosegarme.

—Hola, hermanito. Cuánto tiempo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté yo, debo confesar que horrorizado.

—Sí que te has escondido del mundo. Ni siquiera tu madre sabía dónde encontrarte.

—¿Y cómo me has encontrado tú?

—Ya sabes. Tengo mis contactos. —Me guiñó el ojo derecho y se me estremeció el cuerpo—.

Sigues con las fotos, ¿verdad?

Yo había intentado estudiar computación para operar mejor la imagen de una fotografía, pero me ganaba la vida fotografiando la región para las noticias que publicaba mi amigo en un periódico. No me daba para nadar en la abundancia, pero no necesitaba tanto para vivir. Desde que tuve mi primera cámara de fotos no había dejado de disparar. Llegué a ganarme la enemistad de gente que no quería ser retratada, pero mi hermana siempre había posado gustosa. Aquella misma noche, después de marcharse ella, busqué en una caja y encontré las fotos que le había hecho. La piel morena con esos tremendos ojos claros indicaba que seguía siendo bonita, aunque el maquillaje excesivo cubriera su vejez prematura. Sus labios habían engordado artificialmente, de tal modo que le costaba aguantar con ellos el pitillo.

—¿No tienes cenicero?

—Yo no fumo.

—Pues tendrías que tenerlo para las visitas que fuman.

—Tampoco recibo visitas.

Se acercó a la ventana para ver el panorama oceánico, y todo lo miraba con asombro, como si tuviera que descubrir algo importante. Todavía tienes la citroneta, me dijo sorprendida de que mi chatarra aún pudiera funcionar. Le iba a responder que sólo la utilizaba para ir a la estación, pero le pregunté qué hacía en mi casa, por qué había venido, aún a riesgo de parecer mal anfitrión y resultar desagradable. Era difícil ofenderla si ella no quería o si todavía no había alcanzado su objetivo.

—Tengo que pedirte un favor. Pero antes de que me digas que no, voy a pagarte. Y muy bien.

Mi hermana se mordía el labio inferior, se paseaba de un lado a otro y su cara cambiaba a cada momento. Sabía que mi generosidad se había hastiado de meterse en problemas por hacerle favores a la familia, así que iba a necesitar un incentivo para encandilarme. Me hizo la propuesta. Tenía que manipular unos documentos de identidad, escanearlos, imprimirlos para su novio. Ella lo explicó de muchas maneras, pero tenía que falsificarlos. Me excusé diciendo que no tenía medios. Yo trabajo con otro tipo de material. Aún revelo las fotografías en el cuarto oscuro. Se marchó respondiendo que no me preocupara, que ella se encargaría de todo.

Pasaron varios días sin saber nada de sus pasos, pero la visita me había dejado intranquilo. Cuando sonó el teléfono para decirme mi amigo que tenía un reportaje para mí, que debía ir al sur para tomar unas fotos, pasé casi un minuto sin respiración hasta que descolgué el auricular. Me había costado mucho trabajo desprenderme de esa sensación. Había tenido que empezar con una nueva vida, lejos de la familia, que tenía una facilidad natural para meterse en problemas. El barrio donde me había criado era uno de los más convulsos de la ciudad. Las sirenas de los radiopatrullas o de las ambulancias eran la melodía de fondo. A menudo teníamos que buscar gente en la calle para jugar partidos de fútbol, mientras los amigos habituales cumplían sus penas en prisión. Yo nunca la pisé. De puertas para adentro, el panorama tampoco cambiaba demasiado. Siempre había alguna cama vacía porque a mis hermanos los pescaban delinquiendo con frecuencia o porque mi hermana se divertía en camas ajenas. El lecho de la habitación matrimonial lo ocupaba sólo mi madre, y cuando mi padre quedaba en libertad, ya sabíamos que tendríamos un nuevo hermano al que no él conocería hasta que caminase por lo menos, porque estaría entre rejas cuando mamá se pusiese de parto. Hasta seis veces lo soltaron, y ahí terminó la procreación porque casi le cortó la yugular a un gringo por robarle el reloj a punta de navaja, y dejamos de verlo por casa. Yo podría haber seguido todos esos pasos, pero a los quince años me entusiasmé con la fotografía y me quedé sin amigos. Era raro. Me marché cuando estuve a punto de ser cazado porque me habían confundido con otro.

Pasé un par de semanas feliz, revelando fotos en el cuarto oscuro, donde podía pasar más de diez horas analizando distintas luces sobre el papel, vigilando la temperatura de las bandejas con los líquidos químicos. Luego me marché a cumplir con el encargo de mi amigo, y cuando estaba regresando ya se me había olvidado todo. Pero al abrir la puerta me pareció que no entraba a mi casa. Por todas partes había computadores, todos los que le había dicho a mi hermana que no tenía y necesitaba para ayudarla a falsificar documentos. También puso en mis manos una caja pequeña, que contenía un celular de vidrio, con baterías recargables y auriculares. Jamás había visto uno tan moderno. Y supe que no estaba sola. De repente escuché la cadena del retrete, luego el grifo de agua en el baño y la puerta que se abría. No me dio tiempo a encontrar ninguna herramienta afilada o puntiaguda para defenderme, así que me quedé allí plantado, en medio de mi pequeño salón, a ver qué pasaba. Apareció un tipo de mi misma estatura y tal vez mi misma edad, con una oronda

barriga pero tan robusta que se dejaba ver a través de su camisa con todo detalle. Lucía un bronceado envidiable y llevaba un par de cadenas, un reloj grande y anillos, todo de oro. Salió acariciándose su cabellera alopecica. Pasó un rato hasta que se dio cuenta de que yo estaba allí.

—¡Cuñado! —Se abalanzó sobre mí para darme un abrazo que la perplejidad no me permitió corresponder.

No lo había visto en mi vida y él a mí tampoco, pero su cercano trato derribó todas las barreras que yo solía poner. Tanto que no se me ocurrió preguntar, sólo a mí mismo y cuando ya estaba solo, cómo habían llegado a mi casa todos aquellos computadores. En un sobre me dejó toda la documentación que tenía que falsificar, a lo que no alegué nada. Mi hermana me lo había comentado por encima y él me hablaba como si estuviese todo tan claro, que yo asentía teniéndolo clarísimo también. Me dio cuatro días de plazo, y no fue hasta el último día que me puse con ello. Antes no me atreví a tocar aquel sobre. Lo miraba de reojo, con recelo. Había seguido revelando las fotos para mi amigo en el cuarto oscuro, pero cuando se vencía el plazo instalé la impresora, el escáner, el computador portátil, y lo hice todo como me habían indicado. No me llevó más de tres horas y no me sentí tan mal como pensé que me sentiría cuando lo terminé. Mi cuñado llegó por la noche a recoger los documentos y me felicitó por el resultado.

—Tienes talento, muchacho. Tendrías que trabajar para mí. Yo te pagaría bien.

Aunque nunca lo puse de manifiesto, desconfiaba de un hombre así. Tenía plata, pero su actitud desafiaba a la riqueza. Se le notaba que se le habían llenado las manos sin darse cuenta y lo digería mal. Se había subido al trono demasiado rápido. Deseché su propuesta educadamente.

—No quiero tener jefes. Me gusta ir a mi aire.

—Me gustas, cuñado. Esa actitud te hará llegar lejos. Así pienso yo.

No imaginé que tiempo después recordaría tanto las palabras que me dijo. Al marcharse le di vueltas a la idea de cómo mi hermana había logrado casarse con un tipo como aquél. Por mucho que lo intentó, no pudo llegar jamás a la cama de un niño rico. Era morena de enormes ojos claros, y se acicalaba con gracia, pero enseguida detectaban sus orígenes en los bajos fondos. Incluso un día consiguió un perfume muy caro, seguramente encargándole a algún enamorado que lo robara para ella, pero ni con ésas consiguió conquistar a un hijo de papi. Yo me había ido de casa hacía tiempo y ella todavía seguía allí, trayendo de cabeza a todos los muchachos del barrio. Ya amanecía cuando estaba en vela, buscando una explicación.

Fueron varios los encargos que me hicieron. A mi cuñado dejé de verlo por un tiempo. Siempre venía mi hermana acompañada de un gorila, que por tamaño y vello en el cuerpo se le podía llamar así, con el que compartía una complicidad extraña. No le di importancia hasta que un día en que salía del cuarto oscuro, donde escondía los documentos falsificados, los encontré en el salón de mi casa, él sobándole las tetas a ella. Fue como volver a la adolescencia, y si bien el gorila retiró la mano del escote de mi hermana y se quedó blanco como un papel, ella salió del paso airosa, como siempre. Hace dos semanas que me he operado. Me he puesto tres tallas más. ¿Quieres tocarlas? Parecen de verdad. Negué con la cabeza. Algún día te va a pasar algo, le recriminaba yo. Y ella suspiraba; eso, eso es lo que quiero, que me pase algo importante. Ellos no tardaron en marcharse en una camioneta todoterreno de lujo, pero ya no pude quitarme de encima el mal presentimiento que no me dejaba comer, ni dormir, ni respirar tranquilo cuando las nubes que aprisionaban mi casa por las mañanas se diluían al mediodía.

Mi hermana me localizaba por el celular de última generación que me había regalado, y cuando me anunció un nuevo trabajo, le anuncié que no podía, que no tenía tiempo, hasta que

terminé confesándole que no quería hacerlo. ¿Tú sabes para quién estás trabajando? No puedes retirarte cuando quieras. Ya estás dentro de la organización. No sé por qué recordé la historia de un perro perdido que recorría cientos de kilómetros para volver a casa. Recordé nuestros quince años dentro de la discoteca. Ella bebía hasta no poder mantenerse en pie y yo salí a buscarla cuando escuché un alboroto en la calle. Oír los gritos de mi hermana me alertó y corrí afuera. La encontré metida en un auto con dos tipos, los tres en los asientos traseros. Casi no podía distinguirlos entre brazos, caras y gritos, pero hundí la nariz en la luna trasera del vehículo y la vi entre los dos hombres. Tanta agitación me hizo ser valiente. Todavía era un chiquillo porque el estirón lo di tarde, pero abrí una de las puertas y grité con todas mis fuerzas. ¡Dejen en paz a mi hermana! Los tres se me quedaron mirando con desconcierto. Tal vez pensaban que estaban pasando desapercibidos pese al alboroto. ¡He dicho que la dejen en paz! Era mi hermana la más entusiasta ante lo que estaba viendo. Pero yo agarré al tipo que me quedaba más cerca, y no sé con qué fuerza lo saqué del auto. Casi me doblaba en estatura y, cuando lo tuve frente a frente, no supe qué hacer. ¡Vuélvete a la casa, huevón!, me gritaba mi hermana. Pero yo aguanté la postura. Estaba pensando en darle un puñetazo en el estómago cuando él me atizó un golpe directo a la mandíbula que me hizo perder el conocimiento. Me desperté ya en la casa, escuchando cómo mi hermana alardeaba de que sólo se estaba divirtiendo. Pero si estabas con dos hombres, ¿qué diversión es ésa?, le rebatía mi madre. Y ella hablaba de algo sobre la necesidad de un poco de ron, un poco de calor humano, compañía. Si vivía tranquilo era porque estaba lejos de ellos, lejos de ella, y ahora me aseguraba que no podía escaparme. Estás dentro de la organización, aunque no quieras. Trabajas para nosotros. No sabía si tendría una segunda oportunidad, si volvería a encontrar una casa en la cima de un cerro apartado de todos. Cambiaría de país, de identidad; ya sabía falsificar documentos.

—¡Hermanito! ¡Hermanito! ¡Ven! ¡Corre!

Pensé que la encontraría en el salón, que habría entrado sin llamar, pero no estaba allí. Volvió a llamarme y supe que tenía que salir. El gorila estaba montado en la camioneta todoterreno de lujo, agarrado al volante y enfilando el precipicio con la mirada. Mi hermana había salido y era quien dirigía aquello, no había duda. Estuve a punto de volver a entrar en la casa, meterme en la cama de nuevo y hacer como que no había oído nada, pero ella me vio. Ven, acércate. Échame una mano. El gorila no movía ni un músculo del rostro y no pude dejar de mirarlo mientras me acercaba. Mi hermana reclamó mi atención. Vaya par de huevones. ¿No piensas ayudarme? Se disponía a abrir el maletero y me puse a su lado, creyendo que cuando viera lo que allí había sabría lo que tendría que hacer. Cuando lo abrió, supe que no tenía que haber salido.

El cara de pendejo estaba encogido dentro. Parecía que se había quedado seco durante su último estremecimiento. Aún tenía los ojos abiertos. Primero me impresionó y luego me dieron arcadas, pese a que no era el primer muerto que veía. Mi hermana parecía inalterable, como si no tuviera a su novio de cuerpo presente. Llevaba horas actuando su nuevo papel, enlutada desde las gafas de sol hasta el tacón de aguja, llorando lágrimas de cocodrilo. Pero no tenía el menor recelo ante la escabrosa escena.

—Agarra tú de los brazos, que yo cojo de las piernas.

—¿Qué dices?

—¡Yo no tengo tanta fuerza!

—¿Estás loca? Llama a la funeraria, que ellos se encarguen.

Entonces mi hermana puso las manos en la cintura, y después de mirar al suelo unos segundos,

me clavó su mirada en la cara, tan fríamente que hasta di un paso atrás.

—Vamos a ver. ¿Tú crees que es normal que una mujer lleve en el maletero el cadáver de su novio y le pida a su hermano ayuda para tirarlo por el acantilado?

Me lo pensé un momento.

—Que te ayude éste —dije señalando con la mirada al gorila.

—Ya ha hecho bastante.

No me hizo falta que me dijera más, aún quise rebelarme.

—Me tienes harto, hermanita.

Mi hermana intentó hacer acopio de paciencia.

—Ya te dije una vez que no puedes desentenderme de mí. ¿Quieres que caiga éste por el acantilado o quieres caer tú conmigo?

Al final ejecuté sus órdenes. Tomé por los brazos aquel cuerpo, sabiendo que, aunque mi hermana le agarraba de los pies, yo cargaba con todo el peso, incluso el de la culpa, porque ella no estaba afectada en absoluto. Arrastrando los pies alrededor de mi casa, tropezando continuamente, llegamos al borde del precipicio. Esperé nuevas instrucciones. ¡Lánzalo! Lo balanceamos en el aire un par de veces para tomar impulso, y a la tercera lo soltamos. Yo no lo vi caer, sólo escuché muy a lo lejos el impacto en el agua. Mi hermana sí que se aseguró de que ya no salía a flote.

—Ya está. Mi marido aparecerá quién sabe en qué costa. Ajuste de cuentas dentro de la organización.

—¿O sea que te casaste con el cara de pendejo?

—Hace tiempo —me contestó ella.

Se tocó el símbolo de su atadura nupcial con el pulgar. Enseguida se quitó el anillo y lo lanzó al acantilado. El gorila le anunció que tenía hambre. Mi hermana apresuró el paso para subir a la camioneta. Pero antes señaló que me llamaría y el vehículo descendió por el polvoriento sendero. Cuando volví a casa, lo primero que hice fue ahogar el celular con el que me tenía controlado bajo el chorro de agua del lavadero. Luego lo recogí todo. No me llevé ninguno de los computadores que me habían traído para las falsificaciones. Una cosa era innegable: trabajar a las órdenes de mi hermana y el cara de pendejo me había proporcionado la plata de la que nunca había dispuesto y eso me ayudó a empezar de cero. Estuve temblando hasta que en la frontera dieron por bueno mi pasaporte falso. Mi cuñado me lo había dicho, llegaría lejos. Pero jamás pensé que tanto. Me instalé en una pensión mientras encontraba la casa más alejada de la ciudad. Todo el mundo hablaba un idioma distinto al mío, pero por fin la encontré. Había cogido la agenda en el último momento, y desde un teléfono público en el pueblo más próximo al que llegaba en la desvencijada citroneta, le anuncié a mi amigo que podía cubrir con mis fotografías la sección internacional de su periódico. A los dos meses sin recibir ningún encargo, decidí mantenerme con lo que había conseguido ahorrar. Por las mañanas no hay nubes que aprisionen la casa en la que ahora vivo, y me siento desprotegido. Sé que aunque esté en el fin del mundo, un día aparecerá mi hermana con otro gorila cara de pendejo.

FIESTA SOBRE RUEDAS

Estela enciende el motor del automóvil. Sale suave. Poco a poco, a medida que los vehículos de la calle se lo permiten, pisa el acelerador. Cruza la Alameda, y por el envión, aumenta la velocidad por la ancha faja de Providencia. Todo les parece distinto cuando se enciende el paisaje a través del pavimento. El viento sacude los árboles que bordean el río Mapocho, y de vez en cuando se cuele una hoja seca por la ventanilla. Estela busca música agradable en la radio, trata de sintonizar una melodía tecno. Piensa que no ha nacido para vivir en pareja y que el embustero de Renato se la debe estar pasando bien sin ella. A su lado, Celina no percibe su preocupación y ella lo oculta pisando a fondo el acelerador. El Ford Fiesta da vueltas por calles desconocidas, siempre hacia delante. Recorren cerca de media hora los mismos edificios iluminados que se desvanecen en la lejanía. Celina sube el volumen de la música para llenar la cabina de emoción, para que la vean desde fuera y le tiren un piropo que alimente su ego. Estela baja la ventanilla para respirar mejor y traga una bola de saliva. Piensa recorrer las avenidas, mirar las casas y los jardines, imaginar cosas sobre las familias que viven allí. Enseguida retoma la dirección de la cordillera, pero ahora evita el enjambre de vehículos. A Celina no le gusta esa manía que tiene Estela de acelerar el automóvil y frenarlo de golpe a los pocos metros.

—El día menos pensado chocarás —le recrimina.

Pero Estela ríe y aprovecha el espacio justo para adelantar. Baja el volumen de la radio y corren por el sendero zigzagueante del Arrayán, siguiendo la dirección de la fiesta.

Estela sale con rapidez del auto. Está intranquila, ya siente deseos de regresar. Celina se demora un instante para mirar su cara en el retrovisor. Retoca con un pincel sus mejillas y aprieta sus labios carnosos y húmedos uno contra el otro. Estela abre la puerta de su acompañante y le pregunta hasta qué hora quiere que la espere. Celina junta las cejas con fastidio, para no dejar hablar a unos celos sordos y sin sentido por la piel tersa de Estela.

—Quizás qué hiciste para que te regalaran el carné de conducir.

—El inspector me aprobó por mi simpatía.

—La simpatía que escondes entre las piernas.

—Ya salió la chistosa.

Celina mira sus cejas en el retrovisor y los rasgos de su abuela aparecen con claridad. Le molesta saber que Estela no se tiene que maquillar para resaltar su belleza. Sale del automóvil. Las luces resplandecen sobre el pavimento mojado. Los enormes todoterrenos y vehículos estacionados a lo largo de la calzada avisan del glamour de la fiesta. Celina guarda el maquillaje en su bolso y le explica el milagro de su retoque. Estela admite que tiene la razón y pisa los adoquines sin discutir nada. Dejando atrás sus diferencias, encuentran encantador el antejardín.

Cruzan el portón entregando el par de invitaciones, tarjetas elegantes, impresas con letras doradas. El reflejo de la luna se asoma sobre la superficie y agiganta la claridad del agua. Los diminutos resplandores se mueven en una piscina digna de reverencia. En todas partes se ve gente y se escucha un rumor de voces chispeantes de alegría. Elocuentes huellas de carmín decoran más de un labio. A las amigas les atrae la envergadura de cuerpos recién salidos de la ducha, pero les disgusta que la mayoría lleven la cabeza rapada. Parece un ejército de escoltas malcarados, opina Estela. Los hombres vestidos de esmoquin, las mujeres de traje largo o corto con lentejuelas, bailan bajo una suave música de orquesta, una melodía que proviene de altavoces ocultos. Ambas amigas pasan desapercibidas, una distante de la otra. Estela actúa con fineza en unos cuantos saludos, demostrando, al igual que otras rubias de piel morena, una elegancia con bellos gestos y sonrisas. Celina nota extraña a su amiga, supone que, más temprano que tarde, terminará por volver a apretar el nudo de su garganta, esa especie de náusea y angustia por la intuición o presentimiento o como se llame aquello que le sucede con Renato. Celina quiere que encienda su deseo insatisfecho, pero tropieza con un destello irónico en los ojos que no sabe cómo interpretar. La delgada boca de Estela murmura en silencio las gracias. Mantiene esa mirada, pero sin aclarar mucho la situación. ¿Por qué está en aquel sitio si no se siente bien? Celina camina hacia un extremo del salón, la saluda con la mano en alto para levantar su ánimo y avanza satisfecha porque su vestido apretado dibuja dos sonrisas sobre el compás de su culo musculoso. Se acerca a su lado, levanta las cejas con intermitencia y mueve la lengua para humedecer sus labios. Estela, sentada con las manos sobre el fino mantel blanco, permanece quieta como una muñeca de cera, con el pensamiento en la luna, como si todos los presentes fueran lo mismo. La idea de que no sirve para vivir en pareja maltrata su mente. Desea romper las cadenas que la unen a Renato. Después de unos segundos siente que le quiere con desespero. Celina no comprende la contradicción que transmite su amiga con los ojos y con la boca. Estela observa rechazando el entorno y, a la vez, los ojos reflejan un mensaje de fogosidad y placer. Sabe que su cuerpo está en uno de esos días de terrible apetencia. Así lo demuestra su mirada, que se fija en unos jóvenes vestidos de terciopelo, como si sus manos quisieran reconocer la olvidada textura de la piel, reconocer una súbita y regular suavidad. La imagina sedosa y caliente. Como es de esperar, unas cabezas rapadas se acercan atraídos por ella. Estela percibe la excitación que les produce. Hay que ser tonta para no darse cuenta. Prefiere tomar una copa de champaña con helado de piña y luego un vaso de whisky para relajar la telaraña de sus nervios, pero sobre todo cubrir de mejor forma las apariencias. Celina toma el brazo de Estela, la conduce hacia un grupo de personas, hacia una vibración de carcajadas ancianas, un ambiente de resplandores turbios. Ambas amigas contemplan con gusto al viejo dueño de la casa, que bromea y hace el payaso para el disfrute de la audiencia. Aunque no entienden bien de qué habla, las risas de los invitados son contagiosas.

Todo gira en torno al viejo que se infla de orgullo saludando una y otra vez el logro alcanzado por sus hijos. Habla de las reformas arquitectónicas, y la ridiculez de su expresión aumenta la papada. Tal vez por el exceso de whisky o por una reacción natural de su personalidad. Está convencido de que sus dos hijos son superiores al resto de los mortales. Así lo reitera cuando lanza unos pétalos de rosas a esos hijos que ascendieron en sus cargos antes de los cuarenta años: uno Mayor, y el otro, Capitán de Ejército. Lo comenta como si fuera una proeza y las amigas no entienden nada. El viejo agarra la palabra con su voz ronca, y más que estar feliz por sus hijos, su discurso refleja el excesivo amor por sí mismo, porque él es el padre. Una extraña curiosidad le asalta a Estela. Analiza los ojos del veterano y algo le parece raro. Desde que le vio por primera

vez le ha dado miedo, algo que no sabe cómo explicar. Tal vez, no está muy segura, sea la oscuridad vacía de su mirada fija, como de impacto. Celina nota el temor de su amiga cuando estalla la música y todo el mundo se pone a bailar. Le pide que se quede tranquila, que cambie esa cara de desconfianza y no se sienta perseguida. El recuerdo de las fiestas anteriores ya murió; es mejor mirar hacia delante, disfrutar el momento, olvidar lo malo y pasarlo bien. Estela le pide comprensión, ahora parece irreparable su relación con Renato. No quiere despertar calenturas amorosas. Desea entender por qué ella no sirve para vivir en pareja. No puede sacar de su nariz el apesoso olor a químico de fotos en la ropa. El mal presagio, esa intuición o mareo que la hace sufrir, regresa a su espíritu y otra vez su cara se vuelve inexpresiva. Piensa cosas reiteradamente, sus ideas realizan muchas acrobacias, pasan a toda velocidad, confundiéndola. Se enfada consigo misma, cree que se está volviendo una loca imbécil. No debo ser así de huevona... Recién acabamos de llegar y una nunca debe volver los pasos atrás, sí, así es. Y menos con estos sacos de músculos que imaginan ser los reyes del palacio.

Algunos hombres mayores se pasean resueltos. Levantan las manos con ligeros saludos. Los más jóvenes a cada rato quieren sacarlas a bailar. La apatía de Estela pasa un poco inadvertida. Celina, con su rostro alocado, típico después de un par de copas, elige al más alto, al más lobo con piel de cordero para bailar. Cada vez que el rapado acerca sus labios a los de Celina, ella ríe y lo esquiva juguetona. Conforme al juego de conocer hombres y pasarlo bien, se acomoda con disimulo los pechos, casi al aire, encantada de que se fijen en ella y en sus bamboleantes caderas. Cuando cautiva los ojos masculinos, aumenta el meneo de sus nalgas, escucha con ligereza la conversación que intenta trabar el joven militar. Una que otra mujer cuchichea al oído. Hablan del aire promiscuo de la bailarina, otro tanto sobre los pechos provocadores y el carmín putero de sus labios. Las demás mujeres también bailan, pero sin contoneo de carnaval, con el recato del lujo hipócrita, y contribuyen a que casi todo el mundo mantenga la atención en Celina. Estela ríe las locuras de su amiga, tapa su boca con una mano y con la otra sostiene una copa. De vez en cuando la levanta y bebe Malibú con piña. Desde dos metros de distancia, el viejo extiende la mano en el aire, saludándola. La estudia con una expresión paternal, analizándola desde las piernas a la cintura, y también un poco más arriba. Opina inquieto algo al oído de otro hombre. Estela no le da importancia, lo evita mirando con violencia su falsedad. El vestido rojo y los senos a punto de escapar lo provocan mucho. El veterano finge que no ve, que no le importa la desagradable mueca que recibe como respuesta. Ella se aleja. Se escabulle entre las rubias de piel morena. Prefiere bailar sola para estar cerca de Celina, pero no la encuentra. Quiere regresar a casa, o por lo menos avisarle de que ya tiene suficiente glamour, que se retira. Se acerca al ventanal que da hacia el balcón y le parece escuchar la voz de su amiga. El joven lobo con piel de cordero con quien bailaba fervorosamente la toma por la cintura y se la lleva sobre un hombro. Celina patatea juguetona en un secuestro por el jardín. Estela procura tranquilizar sus nervios. No quiere inmiscuir su angustia con el juego revoltoso de su amiga. Respira profundo, sonrío frente a la personalidad de Celina, y decide no molestarla. Pobrecita, es insaciable.

Quiere calmar los latidos que golpean su pecho. Su cuerpo sólo se mueve para respirar. Cuando regresa a su mente la catástrofe del presagio, la incandescencia que nace entre sus piernas, el miedo de que a Renato o Celina les suceda algo terrible, avanza buscando un trago dulce, un trago que disimule el alcohol. La claridad del amanecer se dibuja suave sobre el débil resplandor del agua en la piscina. Estela sale de su inercia pensativa. El calor del whisky sube por la garganta, si no haciéndola razonar, por lo menos fijándola en una idea. La hace sentir

culpable por la destrucción del futuro matrimonio que vuelve a su cabeza sin remedio. Una pareja pasa por su lado, susurrando una frase de cariño al oído, y luego otra se aleja pausadamente, entrelazados, se miran con intensa atención. El retiro del baile es constante y Estela no quiere esperar más. Le preocupa que aún no aparezca su amiga. Le indigna porque se fuera sin previo aviso. Recorre incesante los amplios lugares de la casa. Echa una ojeada afuera, entre los arbustos y matorrales. No hay nada. Con el frío que desciende de la cordillera, sería raro que se hubiera metido por allí. Ningún rastro tampoco en los pasillos, y en la sala, donde aún sigue el baile de unas cuantas parejas, pregunta por la morena. Nadie la ha visto.

Entra por un largo pasadizo, donde se entreabre una puerta y se asoma un pesado revólver que apunta a su frente. Estela piensa: la tonta anda jugando con algún policía. El viejo dueño, con seriedad, hace un gesto de silencio con el índice en los labios. Le pide que no hable ni grite, que se quede callada. Así te ves más bonita. La toma del cuello con experiencia, con la demencia intacta en los ojos. La luz se apaga de improviso, viene la oscuridad. Totalmente desconcertada cae al suelo. El viejo acaricia la frente de su presa y roza el cañón con sus pezones. Hincada sobre una alfombra, Estela no sabe qué hacer, qué actitud tomar. El revólver presionándole la sien indica que no debe gritar, patear, ni llamar a nadie. Luego el viejo la ahoga con su pene erecto. Entre el estómago y la mente de Estela, no lo sabe muy bien, se descompone un fondo de recuerdos, intuiciones, presentimientos o como se llamen aquellas sensaciones, palabras de madre que envenenaban la sangre, fragmentos de viejas heridas, olor a químicos, revelados de fotos, el imbécil de Renato. Siente pánico cuando piensa que el viejo borracho puede apretar el gatillo. Estela se concentra en hacerlo bien. Para ella es un acto de vida o muerte.

Afuera aún sigue el estruendo de la música. Y ella permanece quieta, paralizada de terror. De pronto se enciende la luz de la habitación.

—¡Vamos, hijos míos!, ¡vengan aquí!, felicitaciones. Brindemos por esta bella putita. Eres la escogida para regar de gloria la celebración de mis hijos.

Los hijos condecorados y ahora elevados en sus cargos están sentados en un rincón. Detrás de un bastidor se ponen de pie. La luz se apaga. La oscuridad indica que todo está preparado. Desde el cielo, unos mínimos rayos de luz sólo alcanzan a iluminar las curvas de su cuerpo.

—¡Vamos, Estela! No te hagas la mosca muerta. Te vamos a deshojar. Sabemos muy bien que trabajaste en el Placent Bar. Baila para nosotros, enséñanos tu fantasía.

Contrariándolos en sus deseos, los enfrenta con una mirada desafiante.

—¡Creo que no se la podrán conmigo! —contesta con un aparente dominio de la situación, con las piernas tambaleantes, saturada por la mezcla del Malibú y el whisky. Sin embargo, saca una risa nerviosa y no transmite la menor queja.

Cuando tiembla el arma en su nuca, ella se queda quieta. Vuelve el terror. Fuera de la luz no puede ver nada. Los jóvenes festejados la recorren con las palmas de sus manos. Se deslizan por la piel resplandeciente, buscando la tersura de sus senos, ejerciendo presión sobre sus nalgas. El cinturón ancho lo desprenden del vestido rojo, que cae sobre la alfombra hasta dejarla desnuda. Estimulados por el licor, la alegría de la fiesta o tal vez bajo el efecto de alguna droga, los rapados obedecen como en el ejército la instrucción del viejo, que disfruta divertido agrandando la mirada de hielo. Buscan la posición, uno por detrás y otro por delante, penetrando su cuerpo que sangra y poco a poco se desgarran. Los tres entrelazan los muslos en un confuso abrazo. Estela se balancea a un ritmo cadencioso, una especie de doloroso placer. La presión se hace más intensa y el dolor candente se abre paso hasta las tripas. De un instante a otro procura resistirse, pero sólo

consigue aumentar la hoguera que ya le quema el recto. El revólver apartado de su nuca, desde cierta distancia, ya no enmudece la supuesta desesperación. Los sentimientos se mezclan absurdamente en sus sentidos. ¿O en sus gemidos? Se insulta a sí misma. Los mínimos rayos de luz entre la oscuridad, que jamás se encienden, le siguen pareciendo confusos y se apaga la suave melodía en la habitación. El calor que late en su cuerpo parece desaparecer, el sudor se revuelve mojado. Le cuesta saber si lo que mira es lo que ve, lo que cree o lo que piensa. Estela se debilita, su cuerpo sufre un violento cambio de temperatura, el frío le pone la piel de gallina y un ruido vibra en los tímpanos. Los escalofríos le ayudan a ver mejor. Entre carcajadas estúpidas, sin ninguna lógica, el viejo está allí sentado, con sus gruesas arrugas de la frente, riendo como si no avanzara el tiempo, como si no sucediera nada.

Los rapados agradecen la fiesta al padre. Caminan rápido sin dirigir una sola mirada a Estela, que escucha el portazo de la retirada. El viejo se incorpora acercándose a ella. Bebe un vaso de whisky, se pasa la manga de su traje por la boca y le agradece la actuación. Lanza a sus delgados labios el tufo putrefacto. Le asegura que es bonita la mariposa tatuada al borde de su ombligo. Su comportamiento ha sido ejemplar y cuando quiera puede venir a verle. Que no le mire con odio, que no se preocupe porque estaba atento a su disfrute. Tampoco se asuste, sólo era un juego de apuestas con los amigos. Nunca se atrevería a disparar.

Por primera vez en su vida, Estela se siente vacía y no se da cuenta de cómo agarra sus cosas. Vuelve a ponerse el vestido rojo y recoge su cartera. Baja los párpados, evitando la imagen que la enfrenta. Le nace un suspiro que conmueve todo su espíritu. Camina a la sala donde aún sigue el baile de unos pocos. Parece que va a sacar un grito histérico, pero sostiene la respiración para evitar romper en llanto. ¿Llorar? Ni se te ocurra. Nada de repetir los aburridos cuentos de la lágrima. La piscina ya no le parece digna de elogio. Sin despedirse de nadie, esquiva las miradas de interrogación. Es imposible que Renato se llegue a enterar. Debido a su falso compromiso y al repugnante matrimonio, jamás se lo perdonaría. No puede replicar nada, mucho menos concretar una denuncia.

Camina buscando la llave del auto en su cartera. Algo cambia en mi manera de ser, piensa, soy una estúpida contradictoria, una loca que no puede vivir en pareja porque no sé lo que quiero en este mundo, éste es mi problema. Una y otra vez se refriega la contradicción, algo que no sabe qué es, pero que tiene que ver con la carne y con la mente. Mirando la calle empedrada, en un caudal fluido, las lágrimas se derraman. Arranca el motor del Ford Fiesta. Con las manos apretadas sobre el volante, pasa los cambios con violencia y se va sin Celina a toda mecha por la costanera.

Pretendiendo desaparecer del camino, la velocidad disminuye bruscamente en una curva, los neumáticos crujen contra el pavimento. Un golpe rotundo y sonoro. Estela percibe un olor amenazante, una imagen difusa, un sonido indeterminado que no es de esta tierra, que jamás ha sentido una persona con vida.

METALES ROJOS

Para Alonso Toapanta Pujota

Lo primero que debería decir es que me llamaban Sindy, el sin dientes. Estábamos a mediados de diciembre y las calles preparaban sus bombillas multicolores para recibir la Navidad. Timbi ajustó la broca en el taladro cuando ya teníamos las correas de los arneses seguras. Berreó, porque otra vez se le había caído la llave con que enroscaba los tornillos. La herramienta rebotaba con la estructura treinta metros hasta tocar el suelo. A Blasco, el jefe de la obra, le preocupaba que le cayera en la cabeza, pero rara vez se quedaba. La mayoría venía para pasear por Olot y se marchaba en la furgoneta que yo conducía. Entonces no pasaba nada. A Timbiriche lo tenía cagado la soledad. Quizás por eso se imaginaba que todas las mujeres lo deseaban de un modo secreto. Sobre todo la jefa, la mujer de Blasco. No me mires así, Sindy, me decía. ¿No ves que Perla quiere conmigo? Y a mí no me importaría complacerla. Una culeadita no le hace mal a nadie. Sólo me asusta lo que pueda opinar Blasco. El otro día se me insinuó y Blasco casi brindó por ello, como dando su aprobación, pero no me fío.

A mí lo único que me importaba era mantenerme en el curro para conseguir los papeles. Perla me pedía paciencia, y llevaba tanto tiempo en ello que esperar un poco más ni me iba ni me venía. Pronto llegará tu carta, afirmaba ilusionándome. Pero hacía rato que sus palabras no tenían nada que ver con su manera de actuar. Vamos, Sindy, me repetía por teléfono, no te pongas nervioso y disfruta, que pronto será Navidad. A Blasco le han salido un montón de canas en la barba y se siente como Papá Noel, así que os va a dar un regalo a cada montador. Blanca se le debe de estar poniendo de meterse tanta farlopa, pensaba yo. Y me mantenía firme en el puesto, encima de los andamios sin red de protección, disfrazado de azul, con muchos bolsillos en los pantalones y en el chaleco, cada día más musculoso.

Con Timbiriche vivíamos en un piso con balcón, en la plaza de la Libertad. Más que un piso era un trastero habilitado como vivienda. Tenía un pasillo que yo utilizaba de habitación, y a modo de sofá echábamos en el suelo una colchoneta para ver la tele. El día que encendieron las luces navideñas no pude dormir. Quise acostarme temprano, pero un cartel luminoso parpadeando hasta medianoche me desveló y ya no hubo manera. La gente se había echado a la calle para empezar con las compras, pero a mí me esperaba una noticia en el trayecto a Olot. Blasco quería que trabajáramos el veinticinco de diciembre, aunque sólo mediodía. Hizo hincapié en la palabra «mediodía», como si nos estuviera haciendo un enorme favor. Estaba tan cabreado por la nueva pérdida de un taladro que me dejó en la obra y aceleró a buscar sus polvos mágicos. Seguíamos atrasados con el montaje de la estructura. La viga era una mierda. Perforarla costaba un huevo.

Timbiriche, para cagarla más, no se presentó a trabajar. Seguro que faltó porque amaneció borracho en casa de ese tal Lisboa que tanto nombraba, y sin ganas de subir a las alturas. Llegaba una furgoneta, pero no podía ver si era el jefe porque desde arriba los coches parecían de juguete. Me había puesto nervioso porque ya otras veces, tras las amenazas, casi había tenido que pagar por trabajar en lugar de cobrar mi sueldo. Y tenía que tragar con todo: trapecista sin vértigo, por no tener papeles. Jo, jo, jo, jo, debía de canturrear Papá Noel mientras se rascaba la barriga, disfrutando de manjares a costa de robarnos cada mes. Fui iluso al creer que los papeles vendrían con el esfuerzo, demostrando lo que valía, esperando la resolución de la solicitud del permiso. El gestor no se enteraba de nada, y tendría que haberme conseguido a alguien, que no me viniera con palabras de ánimo para que el sudaca siguiera taladrando la viga con esperanza y se le pudieran descontar las herramientas que se perdían cada mes.

Cuando apareció Blasco no me atreví a preguntarle, preferí pensar que se le había olvidado lo del taladro. Tampoco le dije nada a Timbiriche, pero seguro que él se lo había robado para venderlo. La cocaína le alteraba la mirada y yo tenía miedo de que pudiera cometer una locura.

Una semana más tarde ya había pasado todo. De otra forma, era imposible levantarse a las cinco y media de la mañana para volver al infierno.

Me dirigí al bar La Flama, estación de Bellvitge, punto de encuentro de los montadores. Algunos pasajeros estaban dormidos y las estaciones de metro eran una sucesión de resacosos. Yo era uno de ellos. En Santa Eulalia se subió mi causita Timbiriche, que con cara de sonámbulo apoyaba la mejilla en la puerta que se acababa de cerrar. No me vio. Entonces me acerqué para tirarle de la cola de indio, y meterle el dedo en la argolla de alpaca que colgaba de su oreja. No me explicó por qué no había dormido en casa. Sólo se quejó de que había dormido poco. Pasó la noche con ese tal Lisboa preparando la Navidad. Nos vamos a culear a Perla, Sindy, ya lo verás cuando te mande las fotos por el móvil. La pondremos a cuatro patas. Cada día estás más chiflado, le respondía yo. Luego le meteremos plomo por todo el mal que nos han hecho. Ya había recuperado su pistola, pero no me explicó nada más. Le pregunté qué había hecho durante la noche, pero con el sueño que llevaba encima apenas oyó mis palabras. Le invité a un café, cosa rara en mí. Miramos la televisión. Opinó algo sobre los últimos bombazos de Al Qaeda, de los ramos atados a las rejas en recuerdo de las víctimas. Las máquinas de café chirriaban, el agua hirviendo cruzaba los filtros y resonaba al compás de las tragaperras. Todos los hombres de piel curtida por la herramienta y el trabajo tomaban café o cerveza a primera hora de la mañana. La *teñía* de Perla apareció con Blasco para desayunar y hablarnos del próximo montaje que aún no se sabía dónde sería.

Yo aún estaba dormido para pensar que era raro que hubiesen madrugado tanto sólo para eso. Ella venía con los labios pintados de rojo, caminando como una modelo sobre la pasarela, y Blasco vestía un uniforme azul de montador, con la camisa impecable y abierta en la parte del ombligo, a pesar de que llevaba años sin enroscar un tornillo. Yo les pregunté por mis papeles, los que me venían prometiendo hacía tres años. Ella me explicó que el gestor le había pedido un certificado de antecedentes penales de mi país y yo le expuse que era imposible, que ya se lo había entregado un año atrás. Sin duda, la preparación de los regalos para los montadores le estaba afectando al cerebro. La *teñía* de Perla trató de fingir un respeto que no sentía. Sentada en el taburete, levantó la mano llamando al camarero y me ofreció otro café. Yo no acepté, pero Timbiriche sí. Blasco se acercó, trató de convencerme de que esos papeles ya saldrían, que lo importante era que todos estuviésemos a gusto con el trabajo. Aquí has aprendido a conducir, dijo,

y pocas empresas te dejarán el vehículo los fines de semana para que salgas a pasear. Además este año os daré una caja para Navidad, un lote que casi nadie regala y menos con la crisis.

Antes de abrir la boca, Perla puso su mano abierta en mi espalda y sentí sus uñas largas bajando suaves hasta el cinturón para narcotizarme. Debes tener paciencia, recalcó ella con un cariño desmedido. Tras el último sorbo, Timbiriche me tomó del hombro y me dijo qué te parece, cholito, nuestro Papá Noel nos premiará con un regalo de Navidad. Yo no supe qué responder. Sentía cada vez más adentro ese clavo que perforaba mi paciencia. En aquel momento todos parecíamos amigos, casi una familia. Lo que te falta, agregó Timbi, es una chibola, una morena que te sacuda la seriedad del cuerpo. Eso es, dijeron los otros. No hable huevadas, compadrito. Vámonos para la furgoneta, será lo mejor. Cuando me dirigí al baño, en dos segundos tenía a Timbi meando a mi lado. Tengo un plan con el Lisboa, me anunció. ¿De qué se trata? Le pregunté. Tomó mi mano y palpé su sobaquera. No tuve duda de que llevaba un arma. Estás loco, reclamé. Timbi se miró al espejo y se pasó una peineta a lo Elvis. A éstos los vamos a coser a balazos, me susurró desapareciendo del baño.

Desde el balcón que daba a la plaza de la Libertad no sólo podía ver el mercado. Las calles, engalanadas con campanas y ángeles dibujados con bombillas navideñas, se cubrían de transeúntes abrigados con bolsas y paquetes en las manos. Timbiriche estaba cambiando de canal con el mando cuando sonó mi teléfono móvil. La *teñía* de Perla me pedía el certificado de antecedentes penales. ¡Qué! Me dicen que tiene que llevar el timbre del ministerio de tu país. Si por mí fuera, Sindy, ya estaría todo arreglado, pero estas cosas son así. Timbiriche, tirado en la colchoneta-sofá, cambiaba continuamente de canal. Para quitarle hierro al asunto, me explicaba que yo tenía suerte. Que Blasco me consideraba bien y quería ascenderme a jefe de cuadrilla. Sobre todo, dijo, porque a ti la cara de indio no se te nota como a mí, y los dientes sueltos dentro de la boca no te los ve nadie. Me contagiaba su risa y todo volvía a la calma. Además, este año tendremos cesta de Navidad, añadía, como todo el mundo. A mí el lote me tenía sin cuidado, pero me ilusionaba con los quinientos euros más por ascender de categoría. De pronto, sonó el teléfono de Timbiriche. Miré de reojo y vi en la pantalla que era el tal Lisboa. Timbi la cortó. Le pregunté qué se traía con ese huevón, pero mi amigo no tenía ganas de hablar. El huevón primero me soltaba lo de su pistola, y después escondía la mano, pidiéndome que lo olvidara. Cambió de canal cuando pusieron el anuncio de un chaval que abrazaba a su madre por detrás, sorprendiéndola. Volvía a casa por Navidad.

Nos dieron tres días de descanso, nuestras vacaciones, pero tenía que ir a la empresa para recoger mi paga extra y el regalo de Papá Noel. Estacioné la Inca V6 en medio de unos coches tuneados que parecían naves espaciales. En el local de la empresa estaba la persiana bajada, así que entré al bar La Flama para tomarme una birra, antes de dirigirme al metro para colarme y volver a casa. Al primero que vi fue a un hombre que hablaba ruidosamente con Timbiriche. No sólo estaba con mi amigo acodado en la barra, sino que brindaba alegre con Perla y Blasco. La estampa me pareció grotesca, más aún cuando los cuatro me saludaron con una alegría exagerada, sin preguntarme por la marcha de la obra en Olot o por el trámite de mis papeles. Al parecer, llevaban un par de horas allí. Blasco tenía la camisa abierta. Era roja como la sangre, y ante cualquier chiste absurdo dejaba escapar su jo, jo, jo. Esa risa lo hacía sentirse mejor persona. Repetía el jo, jo, jo, pero esta vez con las ganas de abrir una cerveza detrás de otra. Éste es el Lisboa, me dijo para presentarme a aquel hombre que yo ya conocía. Trabajó con nosotros hace años y ha venido a felicitarnos las fiestas. ¿Ves cómo nosotros tratamos siempre bien a nuestros

montadores? Timbiriche ladeaba la cabeza para hablar. Estaba tan borracho que se atrevió a darle un pequeño mordisco a la Perla en los labios. Ella se puso a reír y yo enseguida lo tomé del brazo. Oye, huevón, te llevo a casa, vámonos de aquí, le reclamé para que no terminara a puñetazos con Blasco. No te preocupes, Sindy, me indicó con la lengua trabada. Forcejeé con él para que me dejara, pero me agarró del cuello alejándome un par de metros y me dijo: Toca aquí, huevonazo. Lo palpé bajo la axila y supe que en la sobaquera, debajo del chaleco, llevaba la pistola que tanto cariño le tenía. No te pases con él, que Papa Noel nos dará el saco con todos los regalos empezando por su mujer, dijo el Lisboa haciéndose el gracioso. Jo, jo, jo. Ni Blasco ni Perla parecieron entender la broma.

Oye, Sindy, vente conmigo a la empresa, que voy a darte tu regalo de Navidad, me dijo Perla insinuándose. La seguí mientras ella caminaba dibujando eses en el trapecio, buscando apoyarse en las paredes, tropezando sus zapatos de tacón, uno con el otro. Le costó encajar la llave en la cerradura de la persiana metálica. ¿Te ayudo? No, ya está. Verás qué contento te pones con el regalo que te hemos preparado. Se me desbocaron los latidos del corazón. Podía oír las carcajadas de Blasco y sus amigos que venían del bar. Casi podía notar en mis manos esa tarjeta que me abriría tantas puertas. Podía ser que el Lisboa estuviera allí para felicitarles las fiestas, aunque yo pensaba salir corriendo en cuanto pudiera elegir mi destino, dejando atrás el pasado ilegal del que no quería acordarme. Aquí tienes la cesta de Navidad, me dijo cuando llegamos al despacho. Sobre la mesa había tres cajas, no muy grandes. Me quedé mirándolas pero sin verlas. Se me había perdido el pulso. ¿No vas a decir nada, desagradecido? Llevan dulce y champán. ¿Has probado el champán alguna vez? Cuando se puso a mi lado, apoyando la cadera en la mesa y enroscando sus rizos en el dedo índice, reaccioné. No quería más problemas de los que ya tenía. Muchas gracias, Perla. ¿Sólo se te ocurre decirme eso? Va a tener razón Timbiriche, y te hace falta una mujer que te ponga las pilas. Entonces me puse en guardia. Es sólo que esperaba otro tipo de regalo. ¿Qué pensabas, que te traía aquí para que me hicieras un favor? No, no, dije. Me refería a mis papeles. Agaché las orejas porque no me quedaba otra. ¡Ah, tus papeles! Mira que eres pesado. Se acercó al escritorio, abrió uno de los cajones mientras me enseñaba el escote, y sacó un sobre grande. Aquí tienes, Sindy. Los guardé para dártelos en una ocasión importante.

Yo no podía creerlo. Casi se me resbaló de las manos cuando me lo dio. La sangre volvía a correrme por el cuerpo. Eso sí, no tienes paga extra. De ahí me cobro el taladro que perdiste. Había sido el taladro de Timbiriche el que se había perdido, pero no alegué nada. Feliz Navidad, volvió a repetir, y me dio un sonoro beso en la comisura de los labios; estaba tan borracha que no le habría importado tragarse uno de mis dientes. Volvimos al bar La Flama, donde Blasco, Timbi y el Lisboa seguían brindando y riéndose por todo. ¡Sindy ya tiene el permiso de residencia! Dame una copa para brindar, anunció Perla. Tiradientes, me indicó el causa Timbi, esto tenemos que celebrarlo. Por supuesto, le dije, pero en otra ocasión, ahora tengo que irme. El Lisboa me expuso que era una pena que me perdiera la fiesta navideña que nos ofrecía Papá Noel en su casa. Pero hacía rato que la pascua para mí había perdido sentido. Blasco me ofreció la furgó. Dijo que podía llevármela a casa para evitarme las combinaciones del metro. Perla sacó un billete verde de cien euros y pagó las cervezas. Se la veía molesta con mi presencia, el mierda, aseguraba, el baboso, el *sindientes* haciéndose de rogar. Yo ni la miré y enfilé la salida despidiéndome con la mano en alto. Entré a la Inca V6. Metí la llave en el arranque y todo me pareció perfecto, incluso la gente que salía a comprar buscando cualquier cosa. Los canallas se subieron al vehículo de Blasco. En el semáforo se pusieron detrás de la Inca V6, provocándome con el claxon. Al pasar

por mi lado, Timbiriche se despidió formando una pistola con el índice y el pulgar. Gritó ¡pum!

Enseguida aceleraron, girando hacia la carretera, todos felices de continuar la fiesta en el bar o en el departamento de la Perla y el Blasco. Se iban a hinchar de farlopa, como siempre. En esa coca seguramente se iban nuestras horas extras. El mundo de los montadores era así, pensaba yo mientras apoyaba el sobre en el volante. Lo abrí con cuidado de no dañarlo, saqué la carta y en cada semáforo en rojo leía un párrafo. En el cuarto semáforo llegué al que decía que tenía un mes para presentarme personalmente en la policía y poner la huella del pulgar, pero la carta tenía fecha del 25 de septiembre y la perra mal parida de la Perla me la daba entonces, como una mentira más, cuando habían vencido todos los plazos.

La llamé dos veces, pero tenía el teléfono apagado. Llamé tres veces a Blasco y me salió el buzón de voz. El celular de Timbiriche sonaba y sonaba, y para mí era conocida su costumbre de llevarlo siempre sin batería. No sabía qué hacer. Barcelona parecía estar diseñada para el festejo, el guiño de las luces me obligaban a ser partícipe de una fiesta en la que no tenía invitación. Pensé en ir a Sant Andreu, a casa de Blasco y Perla. Sacarla de los pelos, arrastrarla hasta el metro y lanzarla a las vías, pero eso no iba conmigo. Mi vida consistía en ir del trabajo a casa, donde me esperaba el mando de la tele cuando Timbiriche no se apoderaba de él. Aquella noche creí que sería como cualquier otra, pero no.

En los postes del alumbrado público los carteles de las ferias navideñas se superponían en una lucha por ganar visibilidad. Fotos de tipos sonrientes que brillaban con las luces mientras la gente paseaba atraída por los escaparates de las tiendas. Estacioné en zona prohibida. Subí las escaleras y me tiré en la colchoneta del suelo. Pasaron dos horas y media cuando Timbiriche entró en mi pasillo-habitación. Sacó la pistola de la sobaquera, salió al balcón mirando que no hubiese nadie y disparó un tiro al cielo. Basta de nostalgia, me dijo, Papa Noel ha muerto.



Esta edición de *Metales rojos* se acabó de imprimir en Capellades en enero de 2017